

PRÓLOGO

Toda la vida de D. José Rivera, sobre todo su vida sacerdotal, está atravesada y sostenida por la Eucaristía. Y en cada momento o circunstancia de esta vida se nos revela con acentos muy vivos lo que significa vivir y hacer de la Eucaristía el centro y la fuente de todo.

Además de señalar todo esto con una larga cita suya, es preciso dejar constancia de cómo D. José Rivera, ya a los 19 o 20 años, a raíz de su conversión, pide muchas veces a D. Anastasio Granados, su director espiritual, celebrar misas con la intención de pedir para él la gracia del martirio por la Eucaristía.

Todo lo demás que este Cuaderno nos descubre, en apuntes personales, en páginas del Diario o en notas para la reflexión, son experiencias y enseñanzas que procuran resumir los modos fundamentales, los destacados más importantes, que brillan en la vivencia del Eucaristía por parte de D. José Rivera. Sobre todo, la relación Eucaristía - inhabitación trinitaria, este misterio que habremos de contemplar especialmente en el horizonte del Jubileo del año 2.000:

ALuego, en la capilla, casi dos horas solo, con el librito de Bernadot¹, creo que he entendido, mucho mejor que nunca, la fácil relación entre la Misa y la inhabitación. Jesucristo viene como pan de vida, a comunicarme la vida del Padre. Luego al recibirle a El, recibo a las Tres Personas. Es una nueva misión... Pero esto no debo verlo sólo en el acto concreto y limitado, que solemos llamar comunión: toda comunicación de Jesús en la eucaristía, produce el mismo efecto, a medida de mi deseo confiado... Cada comunicación con Jesús en el sacramento, pasajera, deja permanentemente acrecentada la capacidad de vivir la inhabitación, y por tanto, la realidad misma de la inhabitación.

¹ Lectura del libro ADe la Eucaristía a la Trinidad de M.V. Bernadot.

Después de la comida he leído un rato, echado, del Padre Foucauld, y después algunas páginas de Molina. Muy substanciosas y atestadas de testimonios de la Escritura y de los Padres, y grandes teólogos y santos.

Admirable el sacramento de la eucaristía; no menos admirable el poco efecto que nos causa -habla de sacerdotes-, lo cual lleva a investigar las causas de tal poquedad, ya que, de suyo, es superlativamente eficaz, según las declaraciones del mismo Jesús. Admirable quizás, sobre todo, la paciencia con el sacerdote sacrílego. Pienso que deberé meditar despaciosamente esas páginas concretas a la hora de prepararme una confesión general. Por el momento, me detengo más bien en la confianza que hemos de tener en recibir frutos copiosísimos, si nos disponemos, y en examinar mis disposiciones.

En primer lugar, la necesidad de preparación inmediata, que desde luego puedo efectuar, como ahora suelo, en el momento del acto de contrición. Puedo traer a la memoria el examen del día anterior, y arrepentirme seriamente de mis fallos y apegos. Pero, sobre todo, he de vivir dispuesto, de manera que la preparación sea muy hacedera y mucho más perfecta. Pienso que toda búsqueda de satisfacción natural es derogación del fruto del misterio, y menosprecio de Jesús mismo. Bueno que sienta gusto en muchas cosas, que El mismo me da, y que debo considerar como prolongaciones de su acción eucarística. Una comida sabrosa -y para mí lo son todas-; una lectura, cuya belleza o luminosidad enciende el gozo en mi mente... Pero siempre que sea ciertamente voluntad suya dármelo. En cambio, buscarlo yo, fuera de su voluntad manifiesta, me parece ofensivo y, necesariamente, debilitante del efecto sacramental. Por ejemplo, no he de procurarme calor innecesario, por comodidad, sino que he de esperar el ardor interior que me ofrece Cristo, para encenderme en el fuego del Espíritu. No he de perseguir la luz de una idea filosófica, ni poética, sino desear la iluminación de la sabiduría misma. No he de codiciar la comodidad material, sino aguardar el gozo de compartir las incomodidades sufridas por El. No la satisfacción del hambre o la sed del cuerpo, sino la llenura del ansia de su amor. No la complacencia en la amistad humana natural, sino el sabor de su amistad divina. Y así por el orden. De modo que, la vida que llamamos mortificada, no es sino la consecuencia del anhelo de unicidad: que todo venga de El inmediatamente. Claro que disfrutaré con cualquier cosa, pero con tal que me la envíe El ciertamente, y consciente de que El me la da. Advirtiendo, en consecuencia, ese sentido sacramental muchas veces aludido≡ (Diario 1977).

PREPARACIÓN DE LA LITURGIA DE LA MISA

ESQUEMA: Contemplar a las Personas divinas en sus atributos (siempre actuantes y participativos) y en su acción salvífica: FE.

Contemplar cómo proyectan su vida y su acción sobre los hombres (Iglesia, cristianos, hombre, mundo). ESPERANZA, CONFIANZA.

Consecuencias personales: Para mí, personalmente.
Para mí, en relación con los demás.

Este esquema lo proyectamos sobre la Liturgia en el Ordinario, en las Oraciones y en las Lecturas, tanto de la Misa como de la Liturgia de Horas, como del resto de los sacramentos.

ACTITUDES FUNDAMENTALES:

ORDINARIO: La Liturgia es esencialmente acción santificadora de las Personas divinas, sobre los hombres **en la Iglesia**. Esto es lo que hay que descubrir, recibir, vivir. Se impone actualizar al principio la presencia trinitaria en nosotros y mantener esta conciencia. "**En nombre de**" (presencia, iniciativa, acción, santificación, culminación) de las Personas divinas se comienza siempre la acción litúrgica y cuyo fin es aumentar esa vida de habitación en cada uno y, por tanto, en la Iglesia y en el mundo. Esta acción y santificación se realizan siempre "por Cristo, con El y en El". Es decir, actualizando, renovando y comulgando con el misterio de la Muerte y Resurrección de Cristo, que siempre se hace presente en toda acción litúrgica. Misterio anunciado en la Palabra y renovado en el sacramento.

ORACIONES: Las oraciones suelen tener esta estructura, tanto dirigidas al Padre (normalmente), como cuando se dirigen a Cristo (recordar que en la Misa hay más de tres oraciones así).

Estructura:

Invocación: Dios Padre contemplado en alguno de sus atributos o acciones salvíficas.

Petición: Siempre en relación con los atributos contemplados.

Conclusión: Siempre en Cristo. El es el punto de apoyo y confianza para la oración: "Lo que pedáis en mi nombre..."

Como oración litúrgica (= de la Iglesia) es eficaz y vivificante sin más. El fruto personal dependerá de la conciencia, apertura y unión de la persona que escucha (=hace) la oración.

Actualizar los criterios de oración (presencia divina, confianza...), sobre todo de la oración de petición. Tener en cuenta la mediación, la intercesión: Ideas, actitud...

PALABRA DE DIOS: Es Palabra de Dios, no de los hombres, es decir, palabra eficaz, vivificante, "que no vuelve arriba sin haber fecundado la tierra, como espada de dos filos corta, juzga, ilumina, da vida". Palabra de vida que en definitiva es el mismo Cristo.

Quiere conducir a una confesión de fe más profunda. Tener en cuenta que, aunque la lectura se refiera a un tema concreto, "mira" siempre al misterio total de Cristo. Es preciso intentar ver su relación con el Ordinario de la Misa y con la Plegaria eucarística. Ayuda tener en cuenta las circunstancias de composición de cada texto: Autor, situación, época, estilo... Siempre es eficaz unos ciertos conocimientos de Escritura.

Actualizar las posturas de apertura y escucha, de fe y confianza, de aceptación y obediencia. No contentarse con meditar las expresiones que "me dicen algo", sino pararse también en las que a primera vista no me dicen nada y examinar por qué no me dicen nada.

(Notas para la reflexión).

ORDINARIO DE LA MISA

Introducción

Jesucristo Sacerdote, que está actuando continuamente, lo hace con mayor intensidad y eficacia sobre nosotros durante la Misa. La celebración eucarística, la Liturgia en general son modos de actuar Cristo Sacerdote aquí en la tierra; en el cielo no se darán estos modos. Pero nuestra vida es eterna; todo está siempre en Cristo y todo es acción de Cristo o no es nada.

La celebración eucarística es una actuación de Cristo en nosotros que se prolonga a lo largo del día en la oración litúrgica, en los trabajos, en las actividades todas... No podemos hacer, por tanto, una disociación entre la Misa y el resto de nuestra vida.

Pero toda esta actuación de Cristo en nosotros, su eficacia, depende de nuestra disposición de acogida, de nuestra actitud de recibir la acción de Cristo. Por eso puede suceder incluso que uno reciba más fruto, no estando en la Misa, por una actualización mejor o una comunión espiritual, que uno que participa muy deficientemente.

En el comentario al Ordinario seguimos este orden:

- .- Consagración, seguida del Ofertorio.
- .- Comunión.
- .- Inicio de la Misa.
- .- Liturgia de la Palabra.

CONSAGRACIÓN

Es el hacerse presente el sacrificio de Cristo, el cual ni "baja", ni "sube".

El sacrificio de Cristo consistió en que movido por el Espíritu Santo, quedó elevado (en la cruz) y resucitó.

El sacrificio, por tanto, no es sólo la cruz, sino también la resurrección. Para que Cristo quedase sacrificado, consagrado, debía resucitar. Por esto identificar simplemente sacrificio con sufrimiento no es exacto y puede dar lugar a muchas consecuencias equivocadas. En el cielo estaremos sacrificados y seremos muy felices. El sacrificio produce caridad, viene del amor. Un santo en éxtasis se está sacrificando, aunque no le cueste nada; si

me aburro y me voy a la capilla, movido por el Espíritu Santo, y allí lo paso bien en la oración, estoy sacrificándome.

Sacrificio es una acción del Espíritu Santo que hace "sagrado", que consagra el pan y el vino, con el fin de consagrarnos a nosotros, de hacernos crecer en lo divino. Así el sacrificio nos va transformando: Primero transforma el pan y el vino, que dejan de serlo, aunque no dejan de ser reales, pues al ser elevados reciben la realidad en su plenitud, pues pasan a ser la Realidad que consiste en tener capacidad de dar vida... También nosotros somos transformados; nuestras personas no pierden la realidad; lo que no es asimilable en nosotros (pecados, malas tendencias...) desaparece, pero lo que es asimilable alcanza su mayor realidad.

Entramos por unos momentos en la realidad más nuestra, olvidándonos de la distracción en que nos tienen las cosas de la tierra. Aunque la presencia de Cristo desaparece rápidamente, permanece su Espíritu Santo.

En la tierra el sacrificio integra cruz, porque Cristo utilizó la cruz en el suyo, pero el sacrificio no es la cruz.

La Misa es una participación nuestra en el sacrificio de Cristo. Debe prolongarse esta participación a lo largo del día.

Venimos a la celebración de la Eucaristía movidos por el Espíritu Santo, con el fin de ser transformados progresivamente por El. Aún tenemos muchas cosas que no son movidas por el Espíritu. Venimos, pues, traídos por El para ser transformados por El. La iniciativa es totalmente suya.

Tenemos que estar continuamente corrigiendo nuestra manera de pensar, pues cualquier palabra lleva una carga de connotaciones inexactas. Así la palabra "consagrar" y todas las que vienen de sacrificio. Una oración elevada siempre es sacrificio y es a la vez gozosísima, como decíamos más arriba.

No hemos de partir de la idea que tenemos de sacrificio, sino fijarnos en el sacrificio de Cristo. En la Carta a los Hebreos, donde se habla de este sacrificio, lo compara con los sacrificios del Antiguo Testamento. Como Dios no acepta sacrificios humanos, el hombre sacrifica un animal que al tener vida hace presente el ofrecimiento del oferente, dando a entender que la entrega de la propia vida a Dios. Lo que sucedía muchas veces es que se convertían en puramente rituales estos sacrificios, sin que los oferentes se arrepintieran de sus pecados.

Somos incapaces de hacer un acto en el que psicológicamente nos hagamos presentes totalmente, pues estamos siempre dispersos en muchas

cosas. Cristo es quien nos hace presentes en sí a todos nosotros y El se entrega totalmente y no necesita para ofrecerse un sacerdote o una víctima, porque El es ambas cosas.

En este sacrificio total y simplicísimo de Cristo en la Misa soy hecho presente de la manera más perfecta. Es Cristo quien me ofrece movido por el Espíritu Santo. Me uno a Cristo que me sacrifica. Luego es un sacrificio agradable al Padre. Por nuestra parte tenemos que poner la actitud de querer ser ofrecidos totalmente siendo asumidos por Cristo. Lo importante es esta conciencia de ser movidos por Cristo y no hacer disociaciones durante el día que me despersonalizan. Debo dejar hacerse presente el sacrificio de Cristo en mí todo el día, continuamente, en todo.

Jesucristo quiere transformarnos, divinizarlos, quiere que nos dejemos sacrificar uniéndonos a su propio sacrificio y para ello hemos de dejarnos mover por su Espíritu Santo.

En la consagración decimos: "*Esto es mi Cuerpo*". Entramos en contacto con Cristo vivo, no con su cadáver. Cristo en la tierra vivió todos los acontecimientos con toda plenitud, no a medias, pues es el dueño de todos ellos. Además es capaz de comunicar estos acontecimientos con toda su plenitud.

San Juan participó menos en la cruz de Cristo cuando estaba al pie de la cruz que el día de Pentecostés. Así nosotros entramos en contacto con la crucifixión mejor que los que allí estuvieron presentes.

)Venimos con ese respeto necesario a la Misa, sabiendo que asistimos al misterio real de la crucifixión, sabiendo que vamos a la verdadera cruz? No acabamos de dejarnos introducir.

Nos falta humildad para acercarnos a la Misa. Nos falta esperanza a lo largo del día, no vivimos de esperanza y eso que Cristo viene para ello. Que no nos quedemos en los signos externos, de forma que cualquier fallo nos distraiga y nos detenga en el signo. Que estemos tan transidos de respeto hacia la realidad de lo que celebramos y tan conscientes de nuestros pecados, que lleguemos directamente hasta la verdadera realidad que tiene lugar bajo los signos sacramentales.

El Padre nos crea en Cristo para su gloria. Hemos de estar en Cristo, en su gracia para permanecer en el amor del Padre, comunicado por el Espíritu Santo: "*La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor...*"

Cristo está presente en nosotros amándonos con toda intensidad desde la Eucaristía. Meditemos abundantemente lo que es la Pasión para entender mejor el amor que manifiesta.

Que nosotros tenemos caridad para dar la vida por otro, esperemos que sí. Pero esta caridad que se manifiesta en un momento determinado, no está actualizada en cada momento, en todo momento. Una madre se pone en el lugar de su hijo enfermo, sin pensar en el posible contagio, pero ese amor maternal no permanece actualizado en todo momento y de forma permanente y así esa misma madre le propina al niño dos azotes, porque no le deja hacer la comida o planchar... y le pone nerviosa. Esto no significa que no le ame.

Cristo tiene actualizado su amor a mí permanentemente. La intensidad de amor que tenía hacia mí en su pasión, la tiene igual en cada momento.

Vemos lo absurdo que es el ir a Misa sin actualizar la esperanza, cuando Cristo me está amando de esta manera.

El amor humano entraña contradicción, pues al querer el bien del amado, hemos de sacrificar nuestro querer; los padres nos tendrían siempre consigo, pero saben que eso no nos reporta bien, sino mal. Cristo mismo dice: "Os conviene que yo me vaya", pero se queda presente en la Eucaristía.

Desde luego no es necesaria la presencia de Cristo en la Eucaristía, como no es necesario que una madre dé de comer a su hijo personalmente, pero prefiere hacerlo ella como fruto de su ternura. Cristo tampoco tenía que quedarse necesariamente, pero es fruto de su tierno amor hacia mí.

)Cuántas faltas de correspondencia ha visto Cristo desde que se quedó y se entregó en la primera Eucaristía? Cristo se queda en tal pueblo aun sabiendo que no le va a hacer caso y se queda en el sagrario sabiendo el poco valor que le doy. Jesucristo les da la comunión a los apóstoles sabiendo que les va a servir para correr mejor escapando de Cristo; sabe que San Pedro le negará y sin embargo le da la comunión.

Consideremos las profanaciones a lo largo de la historia realizadas a la Eucaristía y conocidas por el Señor de antemano.

No es que todo esto lo debamos pensar en el momento de la consagración, porque nos resulta imposible, pero sí que si lo vamos meditando a lo largo de los días, nos servirá para tener una actualización más eficaz en ese momento.

Consagramos la sangre que se derrama para el perdón de los pecados. Es decir, Jesucristo es plenamente consciente de que se ofrece por unos pecadores, por nosotros que le ofendemos y le engañamos y por aquellos que aun están en pecado mortal. Y nos ama con tal amor que nos transforma.

Necesario absolutamente para la consagración, además del pan y el vino, es la persona del sacerdote, con sus cualidades personales. Mínimo para

consagrar el pan y el vino es que el sacerdote tenga intención de consagrar, pero con ese mínimo no se consigue consagrar a las personas asistentes, que para eso es la Misa.

No es lo mismo un celebrante santo que un mediocre. Para que la Misa produzca fruto el fervor, la disposición del ministro es esencial. El ministro es una especie sacramental esencial, pero que al ser persona influye con sus disposiciones en el fruto de la Misa.

No es solo realizar un acto el hecho de celebrar la Misa, sino realizar un acto con el sacerdote.

Dios puede absolutamente santificar a las personas sin utilizar al sacerdote, pero de ordinario no se santifica la gente si el sacerdote no es santo. Un sacerdote que después de consagrar realiza actos tibios, da un testimonio de que la Eucaristía no tiene eficacia.

El sacerdote dice: "*Esto es mi Cuerpo*" y él mismo queda consagrado, elevado, santificado; solo por el hecho de pronunciar estas palabras, al margen de que luego comulgue. Es importantísimo ir actualizando a lo largo del día lo que implican esas palabras, para pronunciarlas debidamente.

En la misma consagración se hace referencia a los santos, a las almas del purgatorio, a los que estamos aquí y estarán en el mundo. Entramos en comunicación con todo el Cuerpo místico en Cristo. Todo tiene su origen en el Padre, en el amor que el Padre tiene al Hijo encarnado y en El a nosotros unidos en su Cuerpo místico.

El pan y el vino consagrados consiguen su perfección última al pasar a ser alimento productor de vida eterna, en toda su plenitud. Participan también todos los otros elementos que son signo del trabajo del hombre y que entran en relación con la celebración.

El amor de Cristo no actúa santificando, quieras que no; esto no sería amor de Cristo. El amor de Jesucristo quiere entrar libremente, conscientemente en relación con las personas humanas para santificarlas.

Cristo quiere que de la Misa se siga la consagración, la elevación del sacerdote y de las personas asistentes y si no sucede esto, no se cumple la voluntad de Cristo y el fin de la Misa.

Una persona a la que quitamos los ojos, la nariz, las cejas, las manos... sigue siendo persona, pero muy incompleta, no sirve. Del mismo modo lo interior sustituido por lo exterior no tiene ningún valor y se corre el peligro de que me crea que he cumplido por lo que externamente se ve. Asusta ver la capacidad que tenemos de sustituir lo interior por lo exterior. Lo único que tiene valor es lo que yo realizo como persona que soy, lo que es

verdaderamente personal.

Nos hemos dejado atrás en el comentario la frase "*Sangre de la alianza nueva y eterna*". Es una alianza nueva, porque es personal, individual, interior de cada una de las personas humanas con las personas divinas, con cada una de ellas. Esto no pudo darse en la Antigua Alianza, porque en realidad no conocían a Dios. Su alianza no era personal sino con todo el pueblo. Toda esta alianza pasa por el perdón de los pecados.

Encontramos la persona del sacerdote que es importantísima para actuar personalmente, para producir el fruto que Dios quiere. Cuanto más santos, más integradas tienen los sacerdotes todas sus potencias. Los santos han celebrado incluso con mucha sensibilidad, porque la tenían perfectamente integrada (S. Ignacio de Loyola lloraba, S. Juan de la Cruz entraba en éxtasis...)

Como cuanto más personal sea la acción del sacerdote, más eficacia tiene y dentro de lo personal se integra el cuerpo, para celebrar la Misa hay que prepararse a lo largo del día, sabiendo que la Misa es lo más importante. Es preciso tener en cuenta que las actitudes interiores son cultivables. Está bien cuidar nuestra presentación externa, pero ésta debe ser reflejo de la actitud interior. La Iglesia que pide respeto externo ¿puede no desear más profundamente respeto interior?

Es muy fácil quedarse en las reglas externas.

Durante muchos años la Iglesia pedía un montón de reglas para la celebración de la Misa y en cosa de veinte años cada uno celebra como le da la gana. ¿Por qué? Pues porque las reglas eran fruto de algo más profundo, que no se profundizaba y cuando no se medita o siente lo esencial, se termina dejando también lo accidental. La Iglesia que desea que se cumplan las reglas, también desea y aún más que se mediten y que haya una preparación idónea interna en orden a celebrar la Misa.

En la medida en que el brazo actúa según las normas que le dicta el cerebro, realiza actos valiosos. Si se mueve solo, está enfermo y no produce sino molestias e impide la acción. El sacerdote que inventa palabras y sale en la celebración de lo marcado, está fuera de la comunión de la Iglesia y no produce nada pues realiza actos suyos, no del Espíritu Santo. Luego no produce fruto.

Termina la consagración diciendo que es una "conmemoración". Nuestra memoria puede recordar cosas sabidas y puede revivir acontecimientos, volverlos a hacer presentes de forma que se vuelven a sentir y a revivir. En esto consiste la conmemoración. En esto consiste la

conmemoración. Volvemos a revivir de forma eficaz los misterios que tuvieron lugar hace veinte siglos.

Después de la consagración, invocamos a Jesús: "*Ven, Señor Jesús*", porque su presencia eucarística aún no es una presencia perfecta y le llamamos para que se nos haga pronto presente y poder morirnos para estar junto a El.

Si cambio las palabras, las que yo pongo son apariencias que sustituyen a la realidad, no son movidas por el Espíritu Santo, sino por mí y no tienen capacidad de consagrar, no tienen efectividad. Esto se nota más en lo exterior al cambiar las palabras litúrgicas, pero es más difícil de verlo en las disposiciones interiores: Si no actúo personalmente, si no estoy con las disposiciones idóneas, tampoco hago liturgia ni produzco apenas fruto.

Prefacio

Con "*El Señor esté con vosotros*" se pretende hacernos caer en la cuenta de que el Señor ya lo está y actualizarnos antes de pasar a un momento importante de la celebración, al mismo tiempo que con la efectividad de la Liturgia nos eleva, nos diviniza.

La acción de gracias del Prefacio es un reconocimiento de la grandeza de Dios y la pequeñez del hombre. Es una alabanza por la relación que conmigo tiene Dios.

Todas las gracias y dones que me regala Dios son regalos que hace a toda la Iglesia; por ello hay que ir consiguiendo agradecer más que las gracias que se me conceden, las gracias que se hacen a la Iglesia.

Rezando el prefacio se nos acrecienta la actitud de cara a la consagración. Como todo lo que nos sucede a lo largo del día son dones de Dios, nuestra acción de gracias debe ser continua, si nos dejamos mover por el Espíritu Santo. En este momento actualizamos que "todo coopera para el bien de aquellos a quienes Dios ama".

En toda ocasión, y la más especial es la Misa, hay un aspecto esencial, la conciencia de estar en relación con Dios, con un contacto personal. Por eso una persona que se pasa la Misa sin enterarse de lo que se dice, aunque conteste a todo, es como si no hiciera nada, mientras que otro que no contesta a nada y pasa el rato de la Misa con fuerte conciencia de que Cristo se ofrece en sacrificio, participa plenamente. Ciertamente es importante enterarse de lo que Dios nos quiere decir en la oración, para lo cual conviene meditar los textos.

Es curioso que haya personas que lleven años rezando el Prefacio y cuando se ponen a hacer oración personal no hacen más que pedir, sin caer en la cuenta del amor que Dios les tiene. ¿Por qué? Pues porque no rezan en realidad el Prefacio.

Plegaria eucarística

En la Plegaria III decimos que "*con razón te alaban todas las criaturas*", en el nombre de las cuales y unidos a ellas celebramos la Misa.

La consagración nuestra, la de las especies sacramentales y la de todas las cosas se realiza por la fuerza del Espíritu Santo; pero para ello es necesario que entremos en contacto personal con El; es necesario que nuestro reconocimiento de la acción del Espíritu Santo, para que El pueda actuar en todo, incluso en los paganos, los cuales son consagrados y por eso pueden salvarse, aún sin saberlo, gracias a que hay quienes reconocemos esta acción del Espíritu Santo. Es El quien da la vida y santifica todo.

No nos reunimos nosotros, es el Espíritu Santo quien nos reúne para unirnos más y esto lo hace sin cesar, para que ofrezcamos un sacrificio sin mancha, inmaculado, como dice Malaquías, desde la salida del sol hasta el ocaso.

En el centro de las desviaciones litúrgicas está el pensar que tenemos nosotros la iniciativa y así creemos que nos reunimos nosotros, que somos nosotros quienes ofrecemos el sacrificio y acabamos por elegir a nuestros ministros o cambiamos las palabras o los gestos litúrgicos.

"*Que El nos transforme en ofrenda permanente, para que gocemos de tu heredad, junto con tus elegidos*". Dios puede hacerlo y nosotros le pedimos que se prolongue esa actitud de ser transformados, más allá de la celebración de la Eucaristía, que sigamos conscientes de esta acción del Espíritu Santo en función de la Misa, porque ya la he oído o porque la voy a oír. No olvidemos que esta ofrenda somos nosotros mismos y no nuestras acciones. Al Señor le parecen agradables las ofrendas de nuestras obras en cuanto son personales, en cuanto lo ofrecido somos nosotros mismos.

Las peticiones en nombre de Cristo y dentro de la Eucaristía son infalibles, pero si pedimos ser ofrenda permanente, luego no nos echemos atrás, asustados, si se nos concede. Normalmente se nos irá concediendo poco a poco.

Acudimos a la intercesión de María y de los santos, por "*quienes esperamos obtener siempre tu ayuda*". Este trato con los santos ha de llegar a

ser habitual en nosotros. No podemos pretender sacar todas las consecuencias de la Misa y tenerlas actualizadas de golpe, pero sí que podemos vivir de tal forma que lleguemos a tener trato constante con ellos. Con una persona con la que vivimos nos cuesta tratar por el temperamento que tiene, por sus rarezas..., pero con los santos el trato es de lo más fácil. Si acudiésemos a la intercesión de los santos y los ángeles, todo se simplificaría muchísimo.

Cualquier persona que me cruce en la calle, es una persona por la que todos los días ofrezco mi vida en la Misa y por la que estoy colaborando con Cristo y con los miembros del Cuerpo místico, para la santificación de su alma.)Cómo puede ser que no tengamos cada día más confianza con los que nos rodean, si estamos colaborando todos, unos con otros, en la misma tarea, en la única tarea importante, unidos en Cristo y a Cristo?)Cómo no se nota con el paso del tiempo que tenemos una mayor unión entre nosotros, que todos los días nos ofrecemos con Cristo al Padre por los otros?)No haremos mal la intercesión?

Ofertorio

Antes de la consagración, aunque en la misma parte de la Misa, tiene lugar el ofertorio, que es acto de Cristo sacerdote, pero también de toda la Iglesia, de todo su Cuerpo.

Podemos estar ofreciendo externamente y nosotros no ofrecer nada. Hemos de pedir a Dios, a Cristo, que nos dé disposición de ofrecernos.

"*Bendito seas, Señor...*" La apariencia nos hace pensar que somos nosotros quienes traemos y ofrecemos el pan y el vino, pero no es así, todo viene de Dios, todo es suyo. Es un don de Dios todas las cosas, es un don de Dios el que nos mueva a ofrecerlas a El, todo "*lo recibimos de su generosidad*".

No olvidemos que el refrán "a Dios rogando y con el mazo dando" no significa dos acciones yuxtapuestas en las cuales actúa Dios en la primera y después yo en la segunda, sino que el dar lo concede Dios y el mazo también, la fuerza viene de Dios... Cuanto más grande es el don de Dios, más importante que lo veamos como tal don.

Ofrecemos el pan "*fruto de la tierra y del trabajo del hombre*". En el pan y en el vino se representa la creación entera unida a nuestra colaboración. El pan solo se transforma en Cristo porque interviene el hombre y la naturaleza solo se encamina a Dios en cuanto pasa por el hombre.

Dios nos acrecienta esta actitud de ofrenda nuestra en el ofertorio,

para que esta actitud de consagrar todas las cosas, de ponerlas al servicio de Dios se extienda a todo, al recreo, al estudio...

No es indiferente trabajar con caridad o sin ella. Los que hacen una casa con caridad, provocan que Dios derrame un montón de gracias sobre los que habitarán la vivienda. Aún más gracias recibirán estas personas si la casa es bendecida. De la misma manera no da igual no sentirme representado en la ofrenda que sentirme ofrecido y oferente.

No es suficiente para alimentarse el comer las especies sacramentales. El cuerpo necesita alimentos, para lo cual la colecta viene a complementar la ofrenda del pan y del vino, para participar en el cuidado de los pobres. Uno se ofrece con todo lo que es, como lo hizo Cristo, y con todo es con todo; si tiene dinero debe entregarlo.

"Orad, hermanos, para que este sacrificio mío y vuestro..." El mío y vuestro está puesto con toda intención para recalcar que es distinta la acción del ministro, que es el único que consagra y que incluso en el vestir quiere la Iglesia que se distinga, y la acción del resto del Pueblo de Dios, pues Dios ha querido santificar a su Pueblo por la elección de algunos de ellos a través de los cuales dispensa gracias a los demás.

Y pedimos para que le sea agradable a Dios, porque al ser la ofrenda de todos, no solo de Cristo Cabeza, sino del Cristo total, con su Cuerpo místico entero, depende de nuestras actitudes personales el que pueda resultar la ofrenda agradable o desagradable a Dios.

Comunión

Es una de las partes de la Misa. Al menos el celebrante debe comulgar.

Padrenuestro: La Liturgia nos hace ver que la iniciativa de llamar Padre a Dios es suya y que somos fieles a la recomendación dada por Cristo. No podríamos, ni conoceríamos este aspecto de la divinidad, si no nos lo hubiese revelado.

Solo porque es enseñanza divina nos atrevemos a rezar el Padrenuestro, que no deja de ser un atrevimiento. Cuando estamos ante una persona importante nos da corte acercarnos a ella y no lo hacemos si no nos invita.

Tenemos el peligro como siempre de recitar esta oración sin enterarnos del contenido. Todas las oraciones vocales deben meditarse muchas veces, para evitar que nos quedemos en una mera recitación, que nada

tiene de oración.

Reconocer la santidad divina es ser santificadores nosotros. Actualizamos que es el Padre, no Moisés, ni Jesucristo, quien nos da el pan del cielo.

Que pidamos todos los días que se haga su voluntad y cada vez que se hace protestamos y nos quejamos es un dato de incongruencia, que nos demuestra la inmadurez de nuestra personalidad.

Pedimos los necesarios bienes materiales al pedir el pan nuestro de cada día y en especial el pan que alimenta nuestro espíritu, la Eucaristía.

Para acercarnos a la comunión hemos de hacer un acto expreso de perdonar a nuestros deudores. Los deudores son todos aquellos que no se han sacrificado por mí y no han rezado más por mí, pues de haberlo hecho ahora sería más santo.

Es curioso que en la sociedad se están reclamando las deudas todos los días, lo que no impide rezar el padrenuestro; esto es una incongruencia. Aunque la gente no me considere deudor, lo soy pues no colaboro con Cristo lo que debiera y no dejo actuar al Espíritu Santo lo que El quisiera, para santificar a los demás.

Al perdonarme Dios, me hace capaz de perdonar a los demás; el hecho de poder perdonar a los hermanos ya implica que Dios me ha hecho objeto de su misericordia.

Pedimos que no nos deje caer en la tentación, no que no seamos tentados; y ser librados del mal, entendiendo por mal a fin de cuentas al Maligno.

Estamos esperando "*la gloriosa venida de nuestro salvador Jesucristo*". Hemos de vivir con conciencia de vida eterna, de que estamos en vida eterna y ver las cosas desde arriba, desde esta perspectiva. Ejemplo:)Por qué ha de darme pena un subnormal de cincuenta años y no un niño de tres?)Qué más da ser tonto tres años que cincuenta? Porque el niño tiene toda la vida para desarrollarse y el subnormal toda la eternidad.

La Iglesia, antes de la comunión, nos invita con las oraciones y frases de carácter negativo a tomar conciencia de nuestra condición de enfermos, de pecadores.

Cristo Salvador, al entrar en nosotros por la comunión nos da la capacidad de salvar a los demás. La comunión no es sólo para mí, no se queda sólo en mí.

Nuestras actitudes deben ir actualizándose y profundizándose hasta llegar a ser constantes y logrando evitar la distinción de lo que pido para mí y

lo que pido para los demás. Eso de reservarse ratos para uno mismo no tiene sentido en miembros de un mismo Cuerpo. De aquí que pidamos la unidad.

Rito de la paz: Algo que repetimos un montón de veces antes de la comunión es la paz. La paz es la sensación del hombre sano que posee la unidad dentro de sí y no tiene que tomar conciencia de sus partes, porque todas le funcionan en el mismo sentido, en la misma orientación. La perturbación, el que cada parte (la sensibilidad, la memoria, la voluntad...) vaya por su lado y no esté integrada en el conjunto es fruto del pecado. Cuando estoy dentro del plan que Dios tiene para mí, porque me dejo llevar y tengo una actitud de recibir lo que Dios me está dando, sin perder esa relación con Cristo (por nervios, pensando que no llego a estudiar todo el examen, por no saber lo que haré mañana...) estoy en paz. La paz es fruto de estar dentro del plan de Dios con mis potencias integradas, lo que lleva a necesitar menos descanso. Los santos no tienen tiempo para ellos, no necesitan vacaciones porque viven en paz, en recreo continuo.

Lo que viene del Espíritu Santo no perturba. Pensemos qué es lo que me quita la paz, qué es lo que me pone nervioso.

Estando en paz, podemos pacificar a los demás.

La comunión nos prepara a la muerte y a la resurrección. Es el aspecto de esperanza que lleva consigo la comunión.

La reflexión de estos aspectos es importante no para tener muchas ideas, ni para agotar la meditación de todos los entresijos que contenga la comunión, pero lo que sí debe producir es actitudes incluso no conscientes o sea que no están a flor de entendimiento, aunque también sería conveniente a la hora de poder predicar sobre ellas. Al menos las tenemos asimiladas, como el niño que sin darse cuenta ha captado que su madre se enfada mucho, pero le da todo lo que pide, mientras que el padre no se enfada nunca, pero no le saca nada; esto le lleva a adoptar una manera de actuar frente a ellos.

)Estoy atento a los signos de la celebración y del día a través de los cuales Cristo se me hace presente con vistas a comprender poco a poco más la Eucaristía, preparandome a la comunión siguiente? No hemos de hacer compartimentos estancos en la Misa, todo tiene una unidad. No hemos de plantear la cosa diciendo: "Ahora llega la comunión que es lo más importante de la Misa". Santa Teresa solía distraerse siempre en el momento de la comunión, pero esto es accidental y no se sigue de ahí que ella no la apreciara. Lo que sí podemos hacer es dejarnos mover por el Espíritu Santo, disponiéndonos a que todos los actos del día vayan encaminados a la comunión del día siguiente.

En la comunión Cristo se me entrega, se da para mí, para alcanzarme la vida eterna y se da en favor mío o sea, en mi lugar (a mí, por mí, para mí). Es digno de ser meditado y de intentar una aplicación en mi vida, actuando yo como lo hace Cristo conmigo y dándome yo a El, a mis hermanos de forma similar. Todo esto entraña la frase: "Esto es mi Cuerpo". "El Cuerpo de Cristo".

La Eucaristía es un bien de la Iglesia y es ella la que lo administra y la que nos dice cómo se nos quiere dar Jesucristo. Es El mismo el que se me quiere comunicar y lo quiere hacer según las normas que El nos da por su Iglesia. Hasta hace poco las normas de la comunión eran muy estrictas, lo cual está muy bien, pero siempre que no nos lleve a comulgar de tal forma que no tenga fruto prácticamente.

La cosa está en no quedarse en las normas externas, sino calar su espíritu. Tenemos el acceso a la comunión tan fácil que hay que cuidar mucho más las disposiciones interiores para no comulgar de cualquier manera. Hoy muchos comulgan en pecado mortal.

La Iglesia desea que comulguemos más, pero el Señor sigue siendo Dios y el alma debe seguir disponiéndose adecuadamente, aunque se nos den más facilidades.

Cuidado con recibir la sagrada comunión y no comulgar. El fruto de la Eucaristía es la asimilación del Cuerpo místico de Cristo para lo cual voy muriendo al pecado, porque la Eucaristía me aumenta el deseo de mortificar mi carne.

)Tengo una vida de mortificación? Y no sólo para propio beneficio, sino para los demás.) Me voy alegrando de que me moleste el calor, el frío, la vida de comunidad... porque todo eso me prepara mejor a la comunión? Es escandaloso que la comunión frecuente, diaria, no lleve a la mortificación; eso es que se comulga muy mal.

Vamos a fijarnos en la radicalidad y en la totalidad. Jesucristo se ha quedado por nosotros. Está en el sagrario para nosotros y aunque no nos conceda estarnos delante del sagrario a todas horas, pues quiere que hagamos otras cosas, para los que hemos sido llamados especialmente, conviene estar lo más posible en este trato personal.

La condición humana es limitada y limita incluso lo que Dios quiere darnos. Dos personas humanas no pueden estar una frente a otra mucho rato, pues se aburren, en cambio con Cristo la intimidad nos lleva a la contemplación sin palabras.

Cristo se hace presente con su totalidad, con toda su obra redentora,

porque lo tiene todo perfectamente integrado. También se hace presente con toda su vida oculta, lo cual tiene su importancia para la vida escondida del Seminario. Nosotros no podemos hacernos presentes con toda nuestra totalidad, porque hemos pecado mucho y menos mal que se nos van perdonando los pecados.

La acción de gracias propiamente es la Misa y no debería llamarse acción de gracias al rato después de la comunión. En ese rato lo que hacemos es dejarnos empapar y lo importante es llegar a un intenso contacto personal después de recibirle. Esto es lo que se persigue, no el estar mucho rato después de la Misa.

Es mucho más importante la preparación a la comunión que el rato de después. El fruto de la Eucaristía es la actitud personal que se produce en mí a lo largo del día entero y no el recogimiento de después de la comunión o la mayor sensibilidad que experimentamos en los momentos inmediatos.

El fruto está en proporción al hambre con que nos acercamos a la comunión.

Como el sacramento es un signo sensible, produce frutos sensibles, constatables; no queremos decir emocionales, pero sí constatables. Una persona que comulga bien, necesariamente tiene que ir cambiando y siendo mejor.

Nosotros somos transformados en Cristo por la comunión, siendo incorporados al Cuerpo de Cristo. En el Antiguo Testamento se actuaba así: Se leía la norma que daba Dios y se decía: "Voy a ver si puedo cumplirla" y se intentaba. Si hoy, ya en el N. Testamento, intentamos actuar así estamos haciendo una represión al Espíritu Santo, pues es El quien tiene que movernos a cumplir las normas evangélicas. Si me pongo a estudiar y dejo actuar al Espíritu Santo, estoy realizando actos vitales y crezco en vida eterna; pero si me pongo a estudiar dejandome llevar por el gusto del estudio o por cualquier cosa distinta del Espíritu Santo, como es la curiosidad, esto me desvive, porque realizo actos conducentes a la muerte, aumenta mi tendencia a la curiosidad y por tanto disminuye en mí la tendencia al conocimiento de la verdad.

Si no desarrollo en mí la capacidad de fe, de caridad, por medio de los actos que realizo a lo largo del día con la fuerza de la comunión, crecerán en mí las incapacidades contrarias.

)Por qué cuesta tanto a los sacerdotes y a los apóstoles seculares buscar a la oveja perdida?)El enfrentarse a una persona para presentarle el Evangelio, realizando ese contacto personal entre dos miembros del mismo

Cuerpo? Pues porque no crecemos en caridad, porque no nos crece el deseo de salvar almas, al ser impedido por el crecimiento que hay en nosotros de apegos como "no caer mal", "no chocar"... Si comulgo bien pero luego a lo largo del día dejo crecer mis afectos desordenados, tampoco crezco.

La comunión produce nuestra incorporación al Cuerpo místico; si recibimos con deseo el Cuerpo de Cristo, lo recibimos tal cual es, con su amor a los hombres y nos hace crecer en el celo pastoral, el deseo de que la gente viva en el Nuevo Testamento, es decir no quedándose en los ritos, sino entrando en contacto personal con el misterio.

Por la comunión con el Cuerpo de Cristo somos asimilados a El, precisamente lo contrario que sucede al comer el alimento natural, que pasa a ser asimilado por el que lo come.

La comunión espiritual es el deseo actualizado de recibir la comunión sacramental. Si no comulgo sacramentalmente con deseo, no seré capaz de hacer comuniones espirituales.

Inicio de la Misa

Conviene mucho fijarse en la letra de las canciones que se cantan en la Misa. Las fórmulas de la Misa deben ser meditadas abundantemente para entenderlas y vivirlas mejor.

Se inicia la celebración en "*el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*", no en el nombre del sacerdote o de la comunidad. El sacerdote actúa con un mandato de Dios; si luego se pone a decir lo que le parece, sin fórmulas, está actuando en nombre propio.

Antes de hacer cualquier acción nos santiguamos. También al comienzo de la Misa. Hemos de actualizar el sentido de esto, pues si después de hacerlo no actúo en consecuencia, tomo el nombre de Dios en vano.

"*La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre...*". Mucha gente parece venir a Misa haciéndole un gran favor al Padre eterno. La Misa es una gracia que se nos concede y en ella estamos muy a gusto, no sensiblemente, sino con hambre de recibir una gracia, porque Cristo también estuvo muy a gusto en el Calvario. Que estoy molesto físicamente, pues (mejor! La Misa a Jesucristo le ha costado muchísimo.

El amor del Padre, la vida del Padre a través del Hijo es lo que venimos a buscar a la Misa, entrando en contacto con el Espíritu Santo. La comunicación con el Espíritu Santo no es propio del último estado de la mística, sino lo más normal.

La palabra del sacerdote es eficaz y si dice que el Señor esté con vosotros, lo está. Es mucho más fácil entrar en contacto con Dios que con los hombres. Este contacto no es necesariamente conseguido por medio del razonamiento; por este argumento se retrasa la comunión de los niños; un niño puede, tiene capacidad de entrar en contacto con el Espíritu Santo con toda facilidad sin entrar en razonamientos, claro.

Al comenzar la Misa recibimos, pues, un aumento de la comunión del Espíritu Santo.

La Misa no produce fruto sólo en los que están presentes físicamente, la participan millones de personas, incluso los no bautizados de buena voluntad, que desde luego no pueden conceptualizar idea alguna sobre el Espíritu Santo, pues no lo conocen. Nosotros representamos a todos los hombres de buena voluntad y pedimos por los que no la tienen.

Nos hacemos universales desde el seno del Padre por medio de la asistencia a esta Misa que es una gracia que Dios nos concede sin mérito por nuestra parte. (Qué es el hombre para que le traigas a Misa!

Jesucristo tiene en el Evangelio conciencia de la necesidad de las personas, como lo vemos en sus curaciones. a los Apóstoles les hace partícipes de su preocupación por la gente y les da la capacidad de curar, evangelizar... Constituye una comunidad de Doce dentro del mundo para salvar a todos los hombres. La constitución viene de Cristo, la llamada procede de El y la comunicación del poder de salvar se lo transmite El. Esto es la ceremonia de Ordenes, ni más ni menos.

Este mundo concreto necesita ser salvado y Cristo llama y elige a unos pocos para llevar a cabo esta misión. En sentido más general, el niño recién nacido recibe también esta misión apostólica y esta capacidad por el hecho de ser bautizado.

Jesucristo nos comunica en la Misa, y constantemente su misericordia, su compasión por los hombres; hacemos el acto de contrición por nosotros mismos y en representación de todos los hombres. No olvidemos que en la Misa estamos representando a todo el Cuerpo místico. Pedimos perdón por nosotros y por todos los hombres, también por los que nos persiguen si es que de verdad hacemos presente a Cristo, pues a El siempre lo han perseguido; si le dejamos hacerse presente a través nuestro acabarán persiguiéndonos.

Cristo llama a sus Apóstoles separándose de ellos y de todos, subiendo al monte y llamándoles desde allí. El sacerdote se separa del pueblo para celebrar la Misa.

"*Yo confieso ante Dios todopoderoso...*" Confesión no es sólo acusarse, sino que significa principalmente alabanza. Es un acto de culto. El reconocimiento es intelectual y afectivo e implica un acto de adoración. La actitud de adoración es lo primero que produce la Misa, actitud que ha de continuarse a lo largo del día, pues se están celebrando misas a todas horas y en todas partes, en las cuales yo participo y en las que soy ofrecido. a esta actitud de adoración se une lógicamente la humildad.

Alabo no sólo la omnipotencia, sino sobre todo la misericordia de Dios, pues ella es la única que me puede sacar de mi constante pecado del que no puedo salir sin su omnipotencia.

Esta confesión es ante los hermanos, entonces ¿Por qué nos ofende que nos digan que tenemos un defecto? Reconocemos que somos pecadores en todos los campos, pues que no nos llame la atención que luego nos lo recuerden. Que la gente vea que tenemos virtudes no nos debe molestar, porque las tenemos, dadas por Dios; lo que sí debe molestarnos es que piensen que son nuestras, pues eso es mentira y debe molestarnos la mentira y agradarnos la verdad. Por eso mismo no debe molestarnos que nos consideren pecadores, pues lo somos y lo decimos públicamente. Es preciso decir las fórmulas de la Misa personalmente.

Lecturas

Es importante darse cuenta que es Palabra de Dios lo que escuchamos y como tal tiene dos aspectos: declarativo y creativo. Por eso no debemos quedarnos con una frase que nos gusta más, sino con todo si no, nos desvivimos.

Si la Palabra de Dios no produce fruto es porque ponemos resistencia. Después de oír años que la pobreza es una bienaventuranza, si no nos lo creemos o vivimos es porque hemos puesto alguna o muchas resistencias. Al menos debería producirse en mi interior alguna contradicción.

Queremos vivir según lo más importante y desde luego no queremos ofender a Dios, entonces, ¿Cómo no atendemos a la Palabra de Dios?

Debe escucharse la Palabra de Dios con conciencia de que es Dios quien habla, que es palabra suya y que por lo tanto está actuando eficazmente. No se trata de entender los conceptos y darle vueltas, ni de pensar en el sonido que produce. Años han pasado curas y monjas, y siglos también rezando en latín sin entenderlo y se han santificado. La Palabra de Dios no transforma solo a los listos e intelectuales.

Lo importante es la actitud: Intentar prestar la mayor atención a la Palabra y reflexionar sobre ella dándole la importancia que tiene. Es muy molesto hablar y no ser escuchado y esto lo hacemos todos los días con Dios, con el amor del Padre que me entrega al Hijo, para que reciba el Espíritu Santo. Todo el día ha de ser una escucha, una disposición a entender y penetrar cada vez más profundamente lo que Dios nos ha comunicado en la Misa.

Cualquier persona medianamente inteligente se da cuenta de que una palabra debe ser escuchada dentro del contexto en que se pronuncia, pues si no, no se entiende bien, ni significa lo mismo en un lugar que en otro. No es igual leer un párrafo de la Biblia por mi cuenta que escucharlo proclamado en la Misa.

Importa mucho la disposición del que escucha. En el plan de Dios está que su Palabra produzca mucho fruto. Hay que estar preparados para oírlo y no estar distraídos. Un buen sistema es coger un índice bíblico, buscar el término 'palabra' y leer lo que es y la disposición del hombre frente a ella.)Qué es lo que me distrae?

Es imposible que el que se queda hasta las tantas viendo la televisión, esté recogido en la comunión del día siguiente. Lo mismo puede decirse de lecturas, conversaciones...

Después de la comunión es muy normal que uno no sepa de qué hablar. Una buena cosa es emplear ese rato (el que duran las especies y un poco más; lo suficiente para caer en la cuenta de que se ha comulgado al Señor) en comentar con el Señor las lecturas. Es el momento en que más cerca tenemos al Maestro, ningún instante más cualificado para preguntar lo que no hemos entendido, como hacían los Apóstoles cuando estaban a solas con El.

Si Cristo tiene tanto interés en que viva lo que me ha dicho, que incluso ha dado la vida por mí y hace presente este sacrificio todas las veces necesarias para que me penetre lo que me quiere comunicar, no dejemos de tomarnos interés por saborear lo mejor posible la Liturgia.

(Notas para la reflexión).

VIVENCIA SACERDOTAL DE LA EUCARISTÍA

Día 21 de Marzo

Oración de 4,15 a 6. Pienso orar unos tres cuartos de hora más, esta tarde, ante el sagrario. Comienzo a mi manera, un tanto extraña, ciertas aproximaciones al misterio de la eucaristía. He empezado leyendo el decreto de Trento (s. XVI) y unas notas mías, compuestas para los seminaristas de Palencia. Mi proyecto es dedicar, al menos, esta semana, probablemente más, a contemplar este misterio, según las líneas trazadas en el retiro del 19.

Reclamo la intercesión de María y de José, que trataron este cuerpo de Cristo, a este hombre Jesús, desde sus mismos inicios.

En este sacramento, dice el decreto tridentino, *vino como a derramar las riquezas de su amor divino hacia los hombres+. Pero de nada sirve que El lo derrame, si yo no lo recojo... Aunque pienso recorrer la historia de mi relación con esta presencia, ya de entrada, me ocurre la inmensa responsabilidad por no haberlo recogido hasta ahora, por haber privado a muchos de tales riquezas. Acaso mi fecundidad pastoral de Totanés, en comparación con la esterilidad posterior, se encuentre en mi actitud ante la eucaristía. Entonces pasaba yo muchas horas enteras, en el pobre templo del pueblecillo, y llamaba obstinadamente a mis feligreses, a gozar de esta presencia. Más tarde, mi entusiasmo se apagó un tanto...

Y es evidente que Cristo se nos ofrece presente, como única fuente de vida: *El que me come también vivirá por mí+.

Es una presencia humana, a nuestra manera, la propia para elevarnos: nos acompaña continuamente, corporalmente, es el modo humano; pero invisiblemente: es el modo divino que nos elevará. Parece evidente que nuestra unión con las Personas divinas debe depender de la unión con el Mediador en cuanto tal. Y el modo fontal es evidentemente el modo eucarístico.

La penetración del misterio, el aliciente de la presencia, es gracia suya, como todas, esperada a modo de perdón. Pues es gracia muy largamente descuidada, desatendida positivamente, con ligeras y flojas temporadas de atención. Las lecturas, las meditaciones, el trato, y, sobre todo, la esperanza, serán los caminos por los que El mismo me disponga a recibir de nuevo, y centuplicado, el ardor que en un tiempo, ya tan lejano, me encendió por esta presencia.

Desde luego, creo que nunca he pensado de otra manera, veo muy nítidamente la relación inmediata entre el celibato y la presencia eucarística. Aquí en la tierra, necesitamos de la presencia física del amado, para desarrollar la amistad. Y no hay otra presencia corporal de Jesús en la tierra, sino ésa. Es cierto que para mí, la cercanía corporal tiene muchísima menos importancia que para nadie de los conocidos en mi vida entera. No obstante, ni yo dejo de ser hombre, ni El dejará de comunicármese según sus planes, que incluyen, como básico, este permanecer en cuerpo y alma con nosotros.

También la actuación a lo largo del día, en el recogimiento y en las actividades, procurando relacionarlo todo con la Misa, será una senda que desemboque en esta experiencia más intensa del misterio. Me parece que es algo que me ofrece insistentemente y que, por tanto, estoy a punto de recibir.

Me doy cuenta de que la inhabitación de las Personas divinas sólo puedo vivirla, pasando por esta conciencia de la mediación de Jesús; que sólo los ratos de contacto con el Santo y Altísimo en el sagrario, en la Misa, me potencian para entrar en relación actual, continua, con el Padre y el Espíritu, que son Santos con él, en la única santidad divina. Y que sólo podré dejarme actuar por las Personas divinas, mediante esta actuación de Jesús sacramentado. En suma: que constato este rondarme de su gracia, que quiere ingresar en tromba, en los penetrales de mi personalidad, con todo su poder transformante, que tantas consecuencias tendrá para un futuro ya cercanísimo...

Día 22 de Marzo

Oración de 3,45 a 5,15. He comenzado por 20 minutos de lectura. Esta tarde, como ayer, pasaré casi otra hora rezando el oficio en Santa Isabel.

Es verdad que fallo no poco, respecto de los proyectos entrevistos, pero las actitudes y las realizaciones se desarrollan en nivel incomparable, con relación a tiempos inmediatamente anteriores. Y si debo dolerme y admirarme de esta fragilidad propia, no debo admirarme menos, sino más, ni complacerme menos, sino más, en la divina energía que me va raudamente transformando.

Insisto en la meditación de la Misa. La presencia del mismo sacerdote Cristo. El que ofreció su sacrificio de infinita eficacia, muriendo en el dolor espantoso y resucitando, El mismo ofrece, presente, esta re-presentación de su sacrificio, en el sacrificio de la Misa. De modo que yo tengo acceso inmediato al sacrificio en contacto con El, como ministro suyo. Poca duda debo alojar,

acerca de su voluntad de hacerme compartir sus actitudes sacerdotales. Imposible imaginar que me quiera emplear como utensilio material, que recite plegarias a modo de instrumento sonoro, a la manera de un magnetófono. Debo esperar -y no hacerlo sería pecado actual de desesperanza- la progresiva y rápida participación de sus sentimientos. Los cuales he de considerar despaciosa y reiteradamente.

Y a su manera, es decir, no en una participación momentánea, sino en una vivencia constante de tales posturas interiores, que influyen en la misma sensibilidad. Si al comenzar el oficio pedimos, según recomendación de la Iglesia, que limpie el corazón de las vanas, perversas y extrañas imaginaciones, es que nos quiere conceder tal limpieza. Es que, aun supuesta la involuntariedad, no conviene al decoro del Señor que un templo suyo -una dependencia digamos, del Templo que es El mismo, y es con El su Iglesia- esté atestada de trastos viejos, sucios. Jesucristo tiene ciertamente su pensamiento y su deseo totalmente empleados en la gloria del Padre, en la complacencia de su grandeza y majestad, con el ansia de que sea conocida por los hombres, por cada hombre, de modo que cada uno sea glorificado por la gloria del Padre. La conciencia actual de la santidad divina. Conciencia que trae consigo necesariamente la sensación vivísima de nuestra inandad ontológica y nuestra suciedad moral. Y la esperanza de ser santificados, divinizados. Cada Misa se ofrece, para santificarme con los demás hombres. Y sin duda alguna, mi participación de las actitudes de Jesús influye más allá de toda posible concepción humana, en la verificación de tales divinizaciones humanas. Es el Espíritu recibido, quien ha de henchirme de tales ideas y voliciones y sentimientos. Quien ha de hacerme alimentarme solamente del cumplimiento de la voluntad del Padre: del ansia continua de recibir y transmitir, como colaborador de Jesús, ese conocimiento amoroso de Dios.

Sacrificarme significa -recordarlo- ser levantado actualmente al nivel sobrenatural, y eso es ser alzado sobre las tendencias naturales, movido por propensiones inasequibles a la naturaleza humana como tal. Ingresar actualmente -pues habitualmente, en lo ontológico, ya vivo allí- y psicológicamente, en la vida de las Personas divinas, de manera que cada sacrificio eucarístico ofrecido me deje, al pasar la actualización máxima, más levantado que lo estaba antes. Y como no hay instante, en que no se esté celebrando en algún lugar el sacrificio, y como yo participo en todos y cada uno, mi actualización de sacerdote y víctima con Jesús, debe llegar a ser constante.

Generalmente dedicarnos a cualquier tarea natural, embebernos en

cualquier afecto, de personas o de objetos o de actos, natural, nos parece lo normal, de manera que el salir de ese nivel y ser levantados a un acto sobrenatural, se piensa como la excepción, el momento raro, dentro de una vida normal. Pero es exactamente lo contrario. Cuando uno participa en la eucaristía -y no digamos si participa celebrándola como ministro indispensable- el nivel que le corresponde es el sobrenatural, de forma que todo uso del pensamiento o del afecto en las cosas de este mundo, es un descenso anormal-infranormal.

Lo sorprendente no es que ayune, ni tampoco lo es la sensación de hambre, lo estupefaciente es que psicológicamente sienta los alicientes del alimento material. Ya comprendo que tales expresiones chocan. Llamar inaudita la atracción de lo sensible, resulta completamente inusitado. Ello no prueba más que son pocos los que tienen oídos para oír...

Y no estoy hablando de milagro alguno, sino de algo totalmente adecuado a la naturaleza del hombre. Todo el que experimenta el aliciente intensísimo de algo maravilloso, pierde automáticamente interés, por lo inadecuado a la maravilla que le embarga. Recuerdo cómo, el día anterior a la muerte de mamá, no comimos ninguno. Quien vive en la contemplación de la muerte y la resurrección de Jesús no tiene ganas de comer. Incluso lo más normal es que habitualmente no sienta hambre. Y vivir en tal contemplación, es la llamada normal, recibida por todo cristiano. Y ciertamente recibida actualmente por el sacerdote. Que la fidelidad de los hombres en masa, haga parecer como normal, por ser corriente, la sensibilidad frente a lo sensible, y la insensibilidad ante lo sobrenatural, no indica sino la enfermedad gravísima que postra al mundo; esa enfermedad, que afirma la liturgia, que ha de sanar la cuaresmal abstinencia...

Todo lo cual concluye en que debo esperar, para muy pronto, unas celebraciones que me dejen lleno de tales actitudes estables. Si mi alimento es la voluntad del Padre, como ya advertía, creo que ayer mismo, gozaré de aquellos objetos o sucesos terrenos, que sea voluntad del Padre darme, pero quedaré indiferente, ante todos aquellos que El no me haya destinado. Es verdad que la gracia no destruye la naturaleza, pero pienso que casi ninguno, de quienes repiten el adagio, tienen la más cochina idea de lo que es naturaleza humana. Incluídos casi todos los psicólogos profesionales. Pues lo natural en el hombre, lo más radicalmente natural, es ser criatura de Dios, estar hecho a imagen de Dios, y poseer la potencia obediencial, para recibir lo que Dios quiere darle.

No son estas elucubraciones nocturnas más, más o menos bellas -

(que sí son bellas!- sino penetraciones de la revelación divina, de impensables efectos prácticos.

Pues, sin duda desbrozan mi camino, hacia la vivencia honda y total de la Misa. Sé que debo acercarme al misterio, con la viva esperanza de ser transformado en quien realmente soy, reformando las deformaciones producidas por años entero de vida letal, en la mentira. Sé que debo esperar lo naturalmente maravilloso, milagroso, a los ojos del hombre, que va muriendo en la degeneración de la naturaleza humana en pecado. Y todo ello me confirma -aunque no me encuentre mayormente tentado- frente a tantas opiniones de *teólogos+ modernos, a contemplar con soberano desprecio tantas elucubraciones pueriles como andan construyendo. Sólo me importa la Escritura, el magisterio de la Iglesia (y no, desde luego, las opiniones de los obispos) y la palabra escrita o practicada de los santos. Y todo lo demás es pura bambolla, mera hojarasca que se seca y cae, y se la lleva el viento del tiempo... Y lo tristísimo es que, al paso, se lleva muchas almas que, acaso, salve al final la misericordia que ellas mismas niegan y malentienden...

Esperar, esperar una gracia que, en torno mío, casi nadie va ni siquiera a entender. Oír hablar más y más de exageración, de incomprensión, de espiritualismo. Que digan. Es el espiritualismo que condenan, lo que acaso les salve. El mío y el de otros, de todos los que escuchen al Padre y reciban su Verbo y su Aliento, que casi nadie piensa en acoger...

Aquí, como en el caso de la Ley, Cristo no vino a destruir la naturaleza, sino a darle su cumplimiento, su plenitud. Pero igual que pocos judíos comprendieron lo que era la Ley, muy pocos cristianos entienden lo que es la naturaleza. Y se embrollan y se angustian y se desesperan y se esfuerzan por desmoronar la naturaleza, que creen proteger y edificar.

Pues bien, la raíz de todo esto, así como la realización cimera, la encuentro en la Misa. Y por ello puedo, y debo esperar una vivencia casi constante durante mis días y esperarlo como fruto espléndido de este cercano Pentecostés.

Hundirme en el misterio, como gustaba repetir el primer año de mi sacerdocio, cuando recorría las calles para ir a celebrar. El misterio del amor divino que desborda sus riquezas sobre mí. Cada Misa celebrada ensancha la brecha ya abierta, agranda en mi naturaleza pecadora, el boquete por donde vaya entrando la gracia de cada Misa participada -siempre como sacerdote- por mí. Y manteniéndome en la brecha de la ciudad divina, me emplea como colaborador, para ensanchar la entrada tan angosta en muchos hombres...

Y ante tales realidades, las criaturas consideradas en sí o en su

relación meramente natural conmigo, pierden peligrosidad. Se embota el filo de su aliciente, se amortigua el brillo de su hermosura. Las cosas y los sucesos se manifiestan como meros vehículos de la acción divina; las personas como destinatarias de su amor. De ese amor del Padre que está en mí, hinchándome más y más, tras cada Misa, y quiere transmitirse a los demás, por la gracia de Jesús, en la comunicación del Espíritu Santo...

Día 23 de Marzo

Oración de 3,30 a 5,15. Lectura reposada del ordinario de la Misa. La conciencia de Templo. Comenzamos en el nombre de las Personas divinas, que actúan en el interior de la Iglesia, de cada miembro de la Iglesia. Hablamos con el Padre, que propiamente nos habla a nosotros, haciéndonos hablar para que caigamos en la cuenta de la realidad de su presencia. Mi relación con Cristo se sitúa en tal nivel de intimidad, que ni siquiera hablo con El, sino que hablamos juntos, que me mueve íntimamente presente, a hablar con el Padre. Tal es la labor de mediación. Al igual que yo no hablo conmigo mismo, con ninguno de mis miembros. La identificación supera al diálogo, que, en rigor, supone dualidad, la cual ha desaparecido aquí en cierta manera. Porque tal intimidad no está aun vivida en plenitud -comenzamos confesándonos pecadores- todavía algunas oraciones se dirigen a Jesús; pero eso es algo por superar. Las fórmulas del Misal me van induciendo a la conciencia de que este Padre es el Santo, que me ama. De ese amor procede la gracia de Jesús y la comunicación del Espíritu, que nos une a todos. Nos unimos con el Padre recibiendo su Aliento; inspirando su espiración. Mi deseo ministerial es eficaz. De hecho ese amor, esa gracia, esa comunión, se acrecientan por mi súplica. Una expresión, que puedo muy provechosamente emplear, al comenzar mis coloquios de dirección, cuyo único objetivo es acrecentar en cada dirigido el fruto de la Misa.

Pero templos sucios, profanados continuamente, hemos de ser constantemente purificados. De ahí la confesión de los pecados, y más aún, de nuestra condición de pecadores. Que se va a reiterar, machaconamente, a lo largo del Sacrificio. E invocamos la intercesión de todos cuantos hemos sido constituidos en templos del Altísimo. También esta confesión debería repetirla muchas veces durante el día. Mi conciencia de que intervengo, sin parar, en la celebración de la eucaristía; de que, dondequiera un sacerdote celebra, yo concelebro con él. Que mi actividad material en la Misa de cada día, en la que *celebro yo+, no es más que un momento -aunque cumbre- de

una actividad personal ininterrumpida. La categoría de mi calidad de sacerdote. Mi eficacia de ministro del Señor.

Notar en la tercera fórmula penitencial: *ATú que has venido a sanar los corazones afligidos*≡: afligir es golpear, herir. Es decir: toda aflicción viene causada por el pecado. No culpar a nadie, no culpar a las circunstancias. Es mi propio pecado el que me hiere y por eso tengo que ser sanado yo por Jesús. Y estas invocaciones al Hijo declaran paladinamente, de nuevo, la iniciativa del Padre: has sido enviado, has venido, estás a la derecha intercediendo...

La conciencia ininterrumpida de estar siendo engendrado. Es Dios todopoderoso el que tiene misericordia, perdona y salva. Cristo lo hace movido por El. Y así yo, y así todo el que hace algo.

En el Templo, que somos nosotros en Cristo, ofrecemos el sacrificio: el pan y el vino son asumidos a una realidad infinitamente más levantada: pan de vida (luego todavía no lo es...) y vino salvador.

Es el Padre quien nos hace participar de la divinidad de Jesucristo. Y eso por medio de estos dones, que recibidos de su generosidad, son transformados, por El, en dones más valiosos, infinitamente más valiosos.

Ya lo anoté, pero debo esperar que me ilumine el Espíritu, para que llegue a una conciencia actual permanente, de que todo objeto u acción que se me ofrezca, debe ser elevado, debe ser asumido por Cristo. No, claro es, para transubstanciarse en su Cuerpo y Sangre, pero sí para ser utensilio de su acción personal sobre nosotros. Y materia que no pueda ser usada por El, materia que no me es dada por la generosidad del Padre, para salvar vivificando.

La reiteración de las fórmulas de arrepentimiento, de confesión; cada pocas frases se introduce una nueva petición de que nos purifique.

La introducción al prefacio: es justo y necesario dar gracias al Señor, nuestro Dios. La acción de gracias no es más que la alabanza, por la grandeza que se ha manifestado en los dones que nos ofrece. Y como en este nos entra todo -incluida la revelación de su Personalidad divina- la alabanza y la acción de gracias se identifican. Y aquí nos hacemos conscientes de la santidad de Dios, y consiguientemente del Hijo y del Espíritu. Y en adelante, la plegaria litúrgica (tomo la tercera) vuelve sobre la realidad de la santidad, una y otra vez.

Dios es Santo, santo es su Espíritu, lo santifica todo, santifica especialmente estos dones. La conciencia de vivir en la Santidad del Padre, eso despierta la sensación de pecado. Y es horrible que, después de tantas

Misas celebradas, sea tan débil en mí. Como otras veces, en anteriores épocas de conversión inicial -espero que esta vez no se reduzca a eso- he advertido igualmente como se me aviva este conocimiento, cómo descubro más y más las manifestaciones del pecado en mí. El egoísmo fundamental, la pobreza de mi celo pastoral. Cuántas reacciones frente a las gentes, de defensa, de evasión. Cada persona viene, inexorablemente, a derrumbar alguna muralla de mi egoísmo. Y me defiendo, me defiendo todavía. Y ello es tanto más grave, más peligroso, cuanto que, en apariencia, mi vida apenas puede estar más entregada. Verdad que va retrocediendo; que casi cada día derriba alguna menuda trinchera. Que, uno tras otro, voy eliminando gustillos y preferencias. Pero entonces aparece otro y otro... (Y cómo me resisto a destruir algunos! (Y cómo resurgen otros que habían sido tumbados!).

Y, sin embargo, cada día entro en contacto con el derrumbamiento total, de la única humanidad que no debiera haber sido anonadada. La consagración. La consagración de cada día. La consagración del pan en el Cuerpo *que será entregado por vosotros+; del vino en la *sangre de la alianza nueva y eterna, que será derramada por vosotros y por todos los hombres, para el perdón de los pecados+. Y no hay consagración si yo no consagro. Y no habrá fruto de la consagración -ni de la entrega del cuerpo y el derramamiento de la sangre- si yo no vivo esa entrega y ese derramamiento con mi acción personal, participando de ellos, de las intenciones, del amor, del conocimiento amoroso de Jesús a cada uno de todos los hombres.

Deseo confiado: esperanza. Lo mismo que me ha capacitado para consagrar, me quiere capacitar para santificar a los hombres. Esperar continuamente; hasta que, de verdad, el ardor del deseo me consuma y la confianza alcance su objeto: la unión perfecta en la resurrección. No es exageración decir que el celo de la casa de Dios tiene que consumirme. No lo es la expresión de Chevrier: hombre comido. Literalmente, corporal y psicológicamente, tiene que destrozarse el amor lo que ahora soy, para que sea quien puedo y debo ser. Una experiencia declarativa fue mi vida en el seminario, de donde salí materialmente destrozado. Y solamente cuando yo arda, puedo quemar a otros. (Y qué deseo debe de tener Jesús de verme arder, pues debiera estar ardiendo hace años! Y podría estar ardiendo en la condenación eterna desde hace años, con toda justicia. Pues la cercanía ineludible de Dios, no puede menos de quemar: o destruye mi pecado, todo lo que está mal edificado -en mera apariencia- actuando en la caridad infusa acogida por mí, o me tengo que quemar en el infierno. La enorme belleza de la vida humana, pese a la mediocridad del hombre medio, la vida humana no

puede eludir esta grandeza del destino designado por Dios...

(...)

Reflexiones con el libro de Rahner, sobre la eucaristía. La eucaristía es la cena del Señor: la disposición interior de Jesús -patentizada hacia fuera- es la aceptación de su muerte en obediencia al Padre, para entregarse a nosotros y por nosotros. Esto ya no lo dice el autor; pero pienso yo: luego la eucaristía ciertamente produce en mí, y en quienes la reciben, si no lo obstaculizo, esa misma disposición. Intuir, en despliegue, esa actitud y esperarla para mí, deseársela confiadamente, es la disposición que hará mi vida fructuosa. Y cuando escribo, adrede, mi vida, quiero significar que no sólo en la Misa que celebro, sino en las visitas, en las administraciones de absolución, en la predicación, y en cualquier acto del día, debo esperar que se alce, sobre toda tendencia al descarrío, esa actitud de sacrificio en el Templo de Dios, que soy yo mismo, en la Iglesia de Cristo-Templo.

Día 26 de Marzo

Oración de 5,15 a 7,15. Textos del Vaticano II sobre la eucaristía. *Celebrando la Eucaristía, en la cual se representan la victoria y el triunfo de su muerte, y dando gracias al mismo tiempo a Dios, por el don inefable en Cristo Jesús, para alabar su gloria por la fuerza del Espíritu Santo+. (SC. 1, 6).

Presencia del triunfo de Jesús: para que yo participe en esa victoria; para que se interiorice en mí, es decir, para que yo sea constituido en triunfador con El.

Desde luego, voy venciendo. En mí, y en mis quehaceres pastorales, en mi menester apostólico. Pero la lentitud, la mezquindad relativa de la superación, revelan claramente la cicatería de mi respuesta. Ya es avance la perspicacia en descubrirse los defectos y sentirlos; pero esta pululación de deseos e imaginaciones egoístas, que cunden en mi interior, y se patentizan incluso hacia fuera, tal como sucedió en todo el día de ayer, denuncian ruindad extrema. He de consagrar varias horas a ese examen de mi vida entera, que, deseablemente, formara el material de una confesión general, antes del 24 aniversario de mi ordenación y la renovación de las promesas sacerdotales. Una historia de mis celebraciones... La indignación de anoche en el claustro, ¿no tendría por motivo real, la imposibilidad de justificar mis defensas del seminario ante los alumnos? Y Jesús estuvo incapacitado para

mostrar, eficazmente, la verdad de su misión... La fe no puede jamás demostrarse...

Intensificación y ahondamiento de la confianza. La victoria de Jesús no sólo está presente cada día ante mí, sino que la hago presente yo mismo con El. Y sin duda, que en sus planes, el colaborador debe ser el primer beneficiado, y muy profunda y extensamente beneficiado.)Cómo pensar que El no quiere triunfar de mis tinieblas, cuando me escoge eternamente, para hacer presente su victoria en la tierra; de forma operativa? Y no obstante... Medir la gravedad de mi pecado, el espesor de mi sustancia de pecador, por esta resistencia a ser traspasado por su dominio. Una de las declaraciones, más rotundas y convincentes, de la maldad humana es la ineficacia práctica de los sacramentos y, sobre todo, de la eucaristía...

La confianza en la gracia recibida, debe proporcionarse al hecho de la perfección de nuestra acción de gracias. Quien agradece bien, se dispone a recibir nuevos favores. Y yo rindo a Dios, diariamente, una acción de gracias perfecta. Vale más lo que ofrezco que lo que recibo, por mucho que se me ofrezca, pues Cristo vale más que todo el universo, aun de la gracia, y yo le ofrezco cada día... *Por la fuerza del Espíritu Santo+.

Mi actuación cotidiana de relación con las Tres Personas se ejerce en el acontecimiento fundamental de la historia del mundo, representado en cada instante, y realizado por mí, día tras día. Pero yo interrumpo después las secuelas de tal acaecimiento. Y por más fundamental que él sea, no fructará en mí, por su misma naturaleza, sino en la medida que yo admito que fructifique.

Presencia de Cristo: ya enunciada en la frase anterior. Se reitera, *está presente en el sacrificio de la Misa, sea en la persona del ministro, ofreciéndose ahora, por ministerio de los sacerdotes, el mismo que entonces se ofreció en la cruz, sea sobre todo bajo las especies eucarísticas+.

Mi contacto con Jesús presente. Jamás calaremos bastante esta realidad de presencia, pero ciertamente El quiere que la capte progresivamente. Y el perdón tan aludido, significa que debo esperar que mi conciencia se avive, hasta el grado en que debiera ser ya viva, después de 24 años de celebrar. Tal presencia es, de suyo, infinitamente eficaz, y tengo palmariamente su eficiencia ante mis ojos, supuesta la fe, en el hecho de la consagración.)Cómo si transformo el pan y el vino en Jesús, no soy yo igualmente transformado, teniendo sobre todo en cuenta que la consagración de las especies, la transubstanciación, no tiene más objetivo que transubstanciarme a mí mismo? Lo mismo que arriba, concluyo en la densidad de mi pecado.

*La renovación de la alianza del Señor con los hombres, en la eucaristía, enciende y arrastra a los fieles a la apremiante caridad de Cristo+ (SC 3, 10). Parejamente, en cuanto a lo pretérito (para la contrición) y en cuanto a lo venidero (para la esperanza) tener muy en cuenta, actualizar intensísimamente, la seguridad de esa capacidad de encenderme y arrastrarme al celo personal, sobre mi propia santificación y la santificación ajena. Sin límites, como no los tiene la consagración misma, ni el amor de Jesús. De hecho, no existen más confines que los señalados por mi mala voluntad. Renovación de la alianza: cada Misa es la realización eficaz del pacto entre Dios y el género humano entero: pero la alianza actual consiste en la inhabitación eterna. La productividad de la Misa depende, ante todo, de mi fe en ella. Cuidar de que no me aparezcan más reales mis pecados, mis tendencias pecaminosas, que la presencia de Jesús, su poder unitivo. Mis resistencias, al cabo, no pasan de ser el material de su trabajo, como la dureza del mármol, o la piedra, es materia del escultor.

Alianza, en el NT significa unión filial con el Padre, unión con Jesús Esposo, unión con el Espíritu Santo, como templo en que El actúa a sus anchas. Y todo esto lo crea la presencia eucarística. Es el celo de la casa de Dios, lo que suscita la consagración, en el ministro que consagra y en todo el que comulga. Un celo que, ciertamente, abrasa y purifica. No asustarme de mis descubrimientos de maldad, propia o ajena. Es el material inflamable que ha de arder -(pronto!- bajo la acción del fuego que El ha venido a encender en la tierra...

*Por tanto, de la liturgia, sobre todo de la Eucaristía, mana hacia nosotros la gracia como de su fuente, y se obtiene, con la máxima eficacia, aquella santificación de los hombres en Cristo y aquella glorificación de Dios, a la cual las demás obras de la Iglesia tienden como a su fin+. (como arriba: SC 3, 10).

Puesto que la única faena de mi vida es progresar hacia la santidad, es evidente que el quehacer capital, el más importante, es celebrar bien la liturgia, especialmente la Misa. (Qué cariz de inanidad toma la historia de mi pasado entero, a la luz de esta inequívoca expresión conciliar! Que por lo demás, con unas u otras palabras, se repite muy frecuentemente en los textos del magisterio.

*...comprendiéndolo bien, a través de los ritos y oraciones, participen consciente, piadosa y activamente en la acción sagrada, sean instruídos con la palabra de Dios, se fortalezcan en la mesa del Señor, den gracias a Dios, aprendan a ofrecerse a sí mismos al ofrecer la hostia inmaculada, no sólo por

manos del sacerdote, sino juntamente con él+. (SC 4, 48).

Aprender la lección, respecto de mis disposiciones y de mis objetivos pastorales: comprender *este misterio de fe+ a través de los ritos y oraciones: necesidad de meditarlos más y más -de exponerlos a la gente- esperanza de ser fortalecido, que incluye notoriamente la conciencia de mi debilidad. Actualización de la gratitud y conocimiento del valor de gratitud, ya comentado arriba. Ofrenda de nosotros mismos, de todos, con la hostia. La idea, relativamente vivida esta temporada, de ofrenda permanente.

"Los actos de la vida sean santificados por la gracia divina que emana del misterio pascual de la pasión, muerte y resurrección de Cristo, del cual todos los sacramentos y sacramentales reciben su poder, y hace también que el uso honesto de las cosas materiales pueda ordenarse a la santificación del hombre y la alabanza de Dios." (SC 5, 61). Poder radical, fontal, de la Misa: confianza en la gracia que me comunica, para la actuación durante el día -responsabilidad por los obstáculos interpuestos siempre- valor del transcurso de mis horas, como criterio para valorar mis celebraciones. Actualizar, según voy procurando, la relación de cada operación con la Misa.

Y antes de seguir reflexionando en los textos, quiero pararme en lo inmediato.)Qué disposiciones llevo para la Misa de hoy? Ante todo fe y confianza en la grandeza del acto, amor, deseo de entrar en esta relación actualizada y tan peculiar con Jesús, pero además, conciencia muy viva de esta indignidad, tan paladinamente manifiesta en todo el día de ayer. Las Personas divinas entran en la Alianza plenamente, pero (cuánta zona de mi personalidad queda fuera todavía, extraña a esta unión, funcionando independientemente, tirando hacia sí y hacia sus finalidades, del mismo entendimiento y de la misma voluntad! Y tales vivencias malsanas declaran, con expresividad soberana, mi densidad de ser pecador, la malicia solidificada a través de años de pecado. Una vez más: en las resistencias a los planes sobre el seminario, como en las oposiciones que encuentro en personas particulares, respecto de su propia conversión, he de ser más y más consciente de mi culpabilidad. Durante años he dejado al descubierto, abandonada, la brecha, en que debería haberme mantenido, deteniendo el castigo divino, a vueltas con Dios, para alcanzar gracias eficaces sobre tantos y tantos.)De qué me quejo ahora? El enfado, además de perverso, es inmotivado y estúpido. La única actitud verdadera es la conversión, que incluye el arrepentimiento y la confianza. He de ponerme

(...).

Día 27 de Marzo. Quinto Domingo de Cuaresma.

Oración de 5,30 a 7,30, después de media hora de lectura en la Menti Nostrae y la Mysterium fidei.

Cansancio físico agobiante, consecuencia del viaje de ayer.

Deseo de entrar, con ánimo renovado e intensificado coraje, en esta quinta y última semana de cuaresma. Profundización a lo largo de las anteriores, de mi descomunal urgencia de ser convertido. Ansia de serlo. Confianza en la realización, en la comunicación muy abundante del Espíritu, como fruto de este ciclo pascual. No pudiendo considerar, morosa y hondamente, todos los aspectos que el tiempo litúrgico me ofrece, sin dejar de echar un vistazo a cada uno, parece que, sin proponerlo explícitamente, me he ido centrando en la vivencia gozosa y vigorosa de la Misa y del sacramento de la penitencia. De la Misa, o más bien del misterio de la eucaristía, en sus diversas facetas, voy recibiendo copia de fruto. Se ilumina la inteligencia de la presencia del Señor. La realidad de su sacerdocio como fuente del mío, de mi participación en él.

La actitud permanente de ofrenda, de víctima. Ejercicio expeditamente, en muchas circunstancias, esta elección de lo sobrenatural frente a lo natural, y entreveo muchas otras posibilidades futuras, que sin duda me potenciará la gracia, para realizar en tiempo cercano. En verdad, hace muchos días que no elijo nunca cosa, ni actividad alguna, por motivo de gusto individual, sino que personalmente realizo lo que estimo voluntad del Padre. No obstante, a la hora de escoger entre diversas obligaciones, cedo todavía a lo más gustoso naturalmente, o retrocedo ante lo más oneroso para mi naturaleza particular. Y bullen complacencias o repugnancias sentidas, casi nunca admitidas, en las actividades obligatorias, o en los acaecimientos que me sobrevienen; o también, espero sentimentalmente sucesos, según el agrado natural. Voy siendo más consciente de la comunicación, que la eucaristía me proporciona con las Personas divinas vivientes en mi interior... Cumpló mi agenda hasta donde puedo, aunque no puedo cumplirla toda, porque las tareas por hacer exceden mi tiempo.

Y al intentar seriamente todo esto, desenmascaro actitudes ocultas hasta ahora, egoístas, enfermizas, que habrán de ser sanadas por Cristo, según le vayan siendo presentadas humilde y confiadamente.

Aunque sin sentirme generalmente estorbado por ello, siento intensamente el bulle-bulle de sentimientos inconvenientes de toda especie, en

el vasto valle de mi sensibilidad, en la honda sima de mi instintividad. Bien veo la tarea que le queda a Cristo. O mejor, veo perfectamente la debilidad de mi visión, la estrechez de mi percepción, pues no titubeo en creer que, los malos sentimientos pululantes, son muchos más y mucho más graves, de lo que yo puedo percibir por ahora.

Hoy en la celebración de la tarde renovaré los votos. Y propondré seguir fiel en el cumplimiento de los proyectos de oración y mortificación, que estimo inspirados.

Debo insistir en la inteligencia de la liturgia de las horas. Cuidar de que no se retrasen las vísperas, y volver a meditar los salmos detenidamente, pues podría obtener frutos más copiosos al orar con ellos. Sin formarme escrúpulos, creo que entre las *obligaciones+, entre los quehaceres que debo pensar queridos por Dios, aunque me plazcan extraordinariamente, uno de los primeros es seguir inteligentemente la liturgia.

Y así, no he de vacilar en dedicarle algunos ratos a la lectura de obras, que me abran mejor el sentido del tiempo o de las prácticas determinadas.

Respecto de los libros, continuando en la línea de restricciones, debo hacer una lista de los volúmenes que me faltan de obras *completas+, de varios autores, e ir las completando. De todas maneras, la adquisición será muy lenta, pero no faltan ocasiones para ir acrecentando la biblioteca. Y realmente carezco todavía de muchas obras, que puedo legítimamente juzgar necesarias, para el ejercicio de la misión cierta encomendada por mi prelado.

Por el momento, deberé insistir esta semana en la eucaristía y en la profundización del misterio de los sufrimientos de Jesús. Alguna lectura será imprescindible, y no he de tener escrúpulo en hacerla.

Día 28 de Marzo

Oración comenzada a las 4, pero por el cansancio, me he tumbado a rezar y me he dormido, de manera que voy a prolongar hasta las 6,45 al menos. El programa de hoy comprende charlas de 9,30 hasta casi las 10 de la noche, sin más de hora y media de interrupción previsible, de 1,30 a 3, en que habré de celebrar, rezar en Sta. Isabel y recoger las fotocopias. Ello implica la ausencia de tiempo para realizar menudas faenas, señaladas en la agenda. Pero creo que esto debe hacerse antes...

Dentro de las visiones cuaresmales, o pascuales, digamos quizás mejor, hay una serie de quehaceres que voy cumpliendo, y que suponen respuesta deliberada a la gracia. Pero hay otros que son purísimo don de Dios,

sólo a medias recibidas. Me refiero, precisamente, a las actualizaciones en los momentos de silencio, y antes de comenzar los actos, o en las ocasiones en que he de renunciar a algo. En esto nada puedo hacer sino esperar. Siendo evidente que recuerdo algunas veces, no lo es menos, que se me olvidan muchas veces tales actualizaciones; pero nada puedo hacer, absolutamente nada. Voy a rezar el rosario por esa intención, y pedir la intercesión de San José. Es cuestión de educación, en que el hijo no tiene que aportar sino docilidad ante la indicación de los padres, pero a él no se le puede ocurrir nada provechoso.

A pesar del sueño y el cansancio, he proseguido ahondando en el misterio de la eucaristía, y efectivamente creo haber recibido cierta iluminación progresiva.

La presencia de Jesús, tal como es, la del sacerdote-víctima, es reveladora, eficazmente reveladora, como siempre esclarezco, de Dios y del hombre. Jesús ha asumido lo específicamente humano, y sólo penetrando en su interior, puedo comprender hasta cierta intimidad, la realidad humana. Asumió, y conserva asumida, la realidad de la muerte humana. La posee como es, como algo superable con la acción divina, superada ya en El. Como algo operante en toda la etapa terrena, y operante como productiva del incesante cambio y desmoronamiento de ciertas caras del hombre. Como llevando en sí, en el comercio humano natural, las contradicciones, opresiones, dolores, renunciaciones, etc. Y también las menudas alegrías, complacencias, victorias de la existencia intramundana. El sentido de todo ello consiste en la asunción libre, por parte de la persona, que incluye una visión intelectual providencialista, y una captación voluntaria, un asentimiento y consentimiento a todo ello, en cuanto designio paternal de Dios mismo.

Todo ello sólo se alcanza a comprender, en cuanto por una fe en la presencia humana del Hijo de Dios, se va consistiendo, intelectual y volitivamente, en la ejecución particular en mi vida, de la substancia del destino humano. Me dejo captar por Jesús, presente en la eucaristía, para que me infunda, místicamente, todo ese conocimiento admitido por la voluntad, que hace mía la trama de la propia vida. Y he de entenderla en toda su amplitud: en cuanto integra todo lo pretérito, cuyas resultas padezco, toda la anchura del mundo actual que actúa sobre mí. Y todo el futuro eterno, de la vida humana, en el plan de elevación, con la posibilidad de condenación y santificación eterna, en disyuntiva, para mí y para cada uno de todos los otros... Es Jesús mismo quien, personalmente acogido -y sólo se me ofrece a través de este modo de presencia eucarística- puede y quiere revelarme el

sentido de todo.

La misma forma de presencia es ya reveladora, pues se trata de manera divina, absolutamente inalcanzable para el hombre, de una presencia humana, corporal incluso. Es asunto de fe, pero de fe en la proximidad de un hombre, con su cuerpo y sangre.

La vivencia de esta fe incluye la asimilación básica, por el bautismo consentido, a su muerte, y por tanto, la disposición aceptada, pero infusa, de la misma disponibilidad de Jesús, ante la voluntad vivificante del Padre: disponibilidad, obediencia que, en su momento, le hizo padecer la muerte con su constelación de horribles dolores.

Es cuestión de vivir el significado de la frase: *mi alimento es cumplir la voluntad del Padre que me ha enviado+, entendida en plenitud creciente. Alimento, no como algo que fomenta una vida que hay, sino como algo que produce la vida, momento a momento.

Pero tal alimento para mí es Jesús mismo, que, recibido corporalmente en un instante del día, continúa luego vivificándome en la comunicación espiritual, progresivamente actualizada. Y tanto vivo cuando la comunión se actualiza. Y lógicamente, para actualizarse en la tierra, precisa de acciones terrenas: ir, andar, hacia el lugar concreto donde la presencia de Cristo se determina para nosotros: el templo. El recuerdo de esa misma presencia en esos mismos lugares, etc.

Sólo hallaré el gozo sensible, necesario para vivir en el mundo, o la energía precisa para vivir sin júbilo sensible, en la medida que, respondiendo a la fe que ya tengo, acogiendo su dinamismo voluntariamente, vaya prescindiendo de otras fuentes de alegría, que estimo, por lo menos con estimación práctica, necesarias para la vida en paz. De ahí los proyectos, cuya realización espero como gracia, igual que juzgo gracia el haberlo percibido, de ir, paulatinamente, prescindiendo de satisfacciones naturales, con la idea de que me basta y me sobra la comunión con Jesús, para vivir satisfecho. Y sólo cuando tenga experiencia sobreabundante, rebosante, de tal suficiencia, podré predicar eficazmente, a Cristo crucificado y resucitado como es: el Único, la fuente inmediata o mediata -y acaso expresándome mejor- la fuente de todo gozo, sea por su sola comunicación, o sea por la comunicación de satisfacciones terrenas, pero inmediatamente conocidas como regalos suyos. Cuando la alegría me venga más de saborear que El me lo da, que de el don particular recibido. Cuando me sea absolutamente indiferente, y me suscite la misma alegría recibir el regalo de un libro, que sentir la sustracción del mismo libro, que alguien se lleva y no devuelve, porque, sin reflexión alguna, siento

ambas realidades como acción suya para mí. Y todavía no he alcanzado cima tan alta...

En la Misa de hoy, y en general de toda esta semana, insistir en esta conciencia de que, tales visiones, las actualizaciones aludidas, son totalmente gracia suya.

(Diario Año 1977).

EFFECTOS DE LA COMUNIÓN EUCARÍSTICA

Nos vivifica: Es el Pan de vida, vivificante; Jesús se nos da siempre para vivificarnos. Esto quiere decir: Nos une más a Sí, comunicandonos un aumento de la Vida que es El mismo. La amistad es comunicación de bienes propios: La amistad íntima es comunicación de lo más íntimo y propio, la misma vida, uno mismo. Esto hace Cristo.

Nos transforma: Nos aumenta la gracia, la participación en la vida divina. Quedamos, después de cada comunión, cada vez más divinizados.

Nos aumenta la fe: La capacidad de ver las cosas como El las ve. De verle en primer lugar a El mismo, al Padre, al Espíritu Santo, a la Virgen, a los Santos, a las personas humanas como hijos de Dios o llamadas a serlo, a las cosas, sucesos, tareas... Y nos comunica las luces precisas o convenientes para todo esto.

Nos aumenta la esperanza: El deseo confiado de unimos más a El, más y más hasta llegar a la plena santidad. También la esperanza de todo lo necesario para esta unión perfecta.

Nos aumenta la caridad: El amor a El mismo, a las Personas divinas y humanas, como El, participado de El. Nos lo da como capacidad y nos excita a actuarlo eficazmente.

Todo esto lo hace bajo el signo del alimento que es el propio del sacramento de la Eucaristía.

Nos sustenta: Nos fortalece para las dificultades. También para el desgaste de la vida ordinaria, dígase rutina, cansancio...

Nos fortalece contra el demonio: Vino y así sigue viniendo a nosotros para destruir las obras del demonio. Aumenta las fuerzas que ya teníamos y repara las que hayamos perdido.

Nos deleita: Como el hombre sano gusta de la comida, el cristiano sano, en la medida en que lo es y está en buena disposición en el momento de la comunión, goza, siente gusto. Gusto mucho más intenso, además de ser de otro nivel. Jesús delicia de los corazones, supera todos los placeres de este mundo.

Nos causa la gloria: Esta no es más que la plenitud de la vida que ya recibimos en fe y que la comunión acrecienta progresivamente.

Influye en nuestra sensibilidad: Indirectamente: Al influir sobre la

inteligencia y la voluntad, éstas influyen positivamente a su vez sobre la sensibilidad. **Directamente:** Cristo se me da con su Cuerpo, con su sensibilidad, influye directamente sobre nuestro cuerpo y nuestra sensibilidad, la contagia. Y así, por efecto de la comunión, la sensibilidad se va orientando a sentir como Cristo: Amor, odio, ira, tristeza, gozo, temor, deseo, esperanza. Imprime una dirección sana a todos los movimientos de nuestras pasiones y sentimientos...

La comunión negativamente disminuye la fuerza de la concupiscencia. Por el aumento de la caridad los objetos dejan de atraernos egoístamente.

La comunión causa la resurrección de nuestro cuerpo. Ya desde ahora va sembrando germinativamente y eficazísimamente la resurrección en nuestro cuerpo.

Perdona los pecados veniales: En la comunión Cristo nos reitera el ofrecimiento de la gracia de intimidad rechazada. Elimina el debilitamiento que producen en nosotros los pecados veniales.

Preserva de los pecados futuros: Al sentir la atracción cada vez más fuerte, intelectual y sensible, del bien, merma la atracción del mal, quedamos mejor dispuestos al continuo atractivo del bien, de la voluntad de Dios, de El mismo, como supremo Bien.

Como consecuencia, de todo esto brota la unión con los demás cristianos. Unión real que dispone para el trato, para el conocimiento y la intimidad fácil y gozoso.

Nos impulsa a realizar esta unión de manera cada vez más plena y a todos los niveles: Acrecienta la caridad, que es deseo de unión, y libera del egoísmo que separa.

Quedamos dispuestos a unirnos incluso con los no cristianos, en la medida en que ellos quieran la unión.

DISPOSICIONES PARA LA COMUNIÓN

Problema del mal (pecado) de los que comulgan mucho:

Solución: se produce efecto interior altísimo, pero por diversas causas no llega a manifestarse.

Se evitan defectos que existirían de no comulgar.

Se comulga mal, en diversos grados.

Hambre: Que incluye FE, conocimiento de quien viene y de mi condición de enfermo amado.

Deseo: De amarle, de ser amado.

Desprendimiento de afecto al pecado. Cuanto mayor sea el desprendimiento, mayor será el fruto.

Desprendimiento habitual - actualizado - intenso - de voluntad - de sensibilidad - en el momento - muchas veces.

Esto incluye la dedicación de mis facultades con tiempo: En la preparación, en la que suele llamarse acción de gracias: Coloquio con Cristo que acaba de venir a mí.

Preparación remota: Inmediata-positiva. Pensar en el misterio, en sus aspectos... Negar todo deseo, esperanza... que no sirva para comulgar mejor.

(Notas para la reflexión).

ACERCA DE LA COMUNIÓN

He de partir de la conciencia de que el bien mayor posible es la unión con Cristo, en el cual, con el cual y por el cual -y desde el cual, añado yo- quedo unido al Espíritu Santo, al Padre y a cada uno de los hombres. Esto último, en la medida en que cada uno de ellos quiera libremente dejarse incorporar a Cristo mismo. En todo caso yo quedo "aproximado" a cada uno de ellos, capaz por mi parte de ser constituido una sola realidad misteriosa con ellos en Cristo.

En la Eucaristía, en efecto, se encuentra todo el bien de la Iglesia (PO 5) y por tanto del mundo. Y todo deleite y toda perfección. La comunión, la comida y la bebida del Cuerpo y de la Sangre de Cristo es la sola manera posible de tener Vida. De modo que todo alejamiento de ella es literalmente desvivirse, perder la potencia, el dinamismo vital que se nos dio en la concepción misma y que quedaría sin ella como una corriente regolfada, en pura contradicción ontológica, eternamente dolorosa: el infierno...

En la medida de mi comunión vivo. Comunión que no puede realizarse si rehúso el modo fontal de la comunión sacramental, pero que partiendo de ésta, en su realización singular de comer y beber en y con las especies mismas, se extiende a mi día entero y, más aún, se extiende por la caridad a cuantos no pueden acceder a ella.

Y ya en concreto, pensando en la presencia substancial, corporal de Cristo en las especies, el principio es la Misa. Mi incorporación se efectúa en proporción a mis disposiciones. Las cuales están constituidas por la capacidad y la actualización de la fe, la esperanza (el deseo confiado) y la caridad: el deseo desinteresado de unión con Cristo tal cual es y tal cual le percibo por la fe: el Hijo de Dios con su doble naturaleza, principio con el Padre y templo en cuanto hombre y comunicador del Espíritu Santo, y Cabeza y Esposo de la Iglesia y de cada uno de todos los hombres, al menos en destino.

La presencia de Cristo en la Misa tiene lugar ante todo en la comunidad, presente corporal o espiritualmente, convocada por su presencia en mí, como sacerdote (SC 7; "donde están dos en mi nombre..."). Efectivamente Cristo actúa presente como Sacerdote en mí (PO 5) y en modo distinto en los fieles, para ofrecer este sacrificio sacramental. Mas la presencia alcanza su máxima manera en la transubstanciación (SC 7) y así tenemos la

presencia de Cristo que se ofrece realmente al Padre como en la Cruz: la muerte dolorosa, la resurrección del Señor, su glorificación, su victoria sobre la muerte (SC 7; PO 5; LG 11; SC 106; 6). Todo lo que hubo en tales acontecimientos lo hay ahora.. O dicho de otra manera, se me ofrece la posibilidad de ingresar en tales acontecimientos salvíficos, ingresando en Cristo, cuyo amor es el mismo, con idéntico ardor, poder, misericordia... Más aún, el sacrificio de la Misa añade algo, en su realidad particular, pues se realiza la constancia y la firmeza del amor de Jesucristo, ya presentes entonces en El, pero no realizadas, puesto que humanamente tales cualidades se despliegan en el tiempo y frente a las dificultades. Efectivamente la Misa es la perpetuación y la aplicación a cada uno de aquellos sublimes acontecimientos (LG 28; SC 47). Ciertamente que Jesucristo los ejerció ya interiormente por su presencia. Mas no se realizaron en el hecho externo, como se realizan ahora. Igualmente se añade mi participación y la de todos a su modo, que entonces no pudo verificarse, sino en el deseo consciente de Cristo. Pues el sacrificio lo ofrezco yo (cfr SC 7; PO 5), con todo el Cuerpo Místico.

Pero esta presencia acogida significa que yo tenga conciencia de su conocimiento amoroso, de su libertad soberana, perfecta. Una conciencia que debe crecer ininterrumpidamente, por la experiencia en la oración (no solo en los momentos de oración exclusiva). Tal conciencia me hace captar el sentido de alabanza y acción de gracias al Padre que se refleja en muchas de las expresiones del Misal, tanto del Ordinario, como en las plegarias eucarísticas, como en los textos variables de cada día. Todo ello debe ser meditado, pues solo tenemos acceso normal a las actitudes del Señor por los ritos y las palabras litúrgicas (SC 48).

Así cada vez que se celebra la Misa, se realiza entera la obra redentora de nuestra salvación (intercesión: SC 83; PO 5, que nota se prosigue en el oficio divino. Y en general: SC 2; LG 3; PO 13; OT 4). Y consiguientemente se renueva la alianza, la unión con las Personas divinas y entre nosotros (SC 10, todas las fórmulas de la paz en el Misal).

Tal obra de la redención, tal ofrecimiento de Cristo como víctima (LG 11) nos induce positivamente a penetrar y a participar de su horror al pecado, tal como se manifiesta en la agonía del huerto. Y así quedamos aptos para compartir su actitud de víctimas, ofreciéndonos como tales con El, en El y por El- y desde El (LG 11; PO 5; 13).

Pero notar que quedamos consiguientemente unidos entre nosotros, en virtud de la alianza dicha (SC 10) y en virtud de este ofrecernos juntos

-pues nos ofrecemos en cuanto miembros del Cuerpo Místico- y ofrecernos uno por cada uno de todos los demás con Cristo. En efecto, ¿pueden no sentirse unidos quienes sufren lo mismo y quienes trabajan sufriendo por otro? Claro está que tal unidad depende secundariamente -pues en primer término depende de El, pero El ya pone su parte inicial- de nuestra disposición: quien personalmente, consciente y voluntariamente, actualiza tales ofrecimientos, y sobre todo quien integra en su voluntariedad consciente la sensibilidad misma e incluso la instintividad, no puede no experimentar la unidad. Mucho más acaece todo esto en el presbítero. Pues él actúa "in persona Christi", él dice "Esto es mi Cuerpo" y es imposible que tales palabras, que pertenecen al sacramento, no sean eficaces. Y luego él ofrece el Cuerpo y la Sangre de Cristo a los demás con eficacia sacramental de indudable repercusión en sí mismo, es decir, con efecto de crear la actitud de ofrecerse él mismo. El acto de consagrar las especies y de distribuir la comunión crea y acrecienta un dinamismo de disponibilidad hasta la muerte -momento tras momento- hacia todos y cada uno. Dinamismo que si no es contrariado a lo largo del día, crece de continuo, disponiendo más y más al sacerdote a esta entrega real por cada uno como un uno con él mismo. Y notar que en su medida hay que aplicarlo a quien da la comunión a otro, por delegación o por ministerio oficial.

En la celebración conocemos a Cristo, a la Iglesia, a nosotros, de modo experimental (SC 2). Pero los efectos son permanentes de suyo, de modo que quedamos hechos cada uno, en cuanto miembros, en cuanto unos con los demás, ofrenda perpetua (SC 43), unidos (LG 3; SC 47; UR 2). La Misa significa esta unidad, pues ya tiene que existir, pero la significa causándola. Aumenta la gracia (SC 47) de modo que por ella puede aumentar mediante otros sacramentos y sacramentales u obras a modo sacramental -cualquier obra cristiana acrecienta nuestra fortaleza frente a las dificultades- nos hace partícipes del vigor de Cristo mismo frente a los dolores insoportables de la redención (SC 48) y así es absurdo decir que no podemos evitar el pecado. Acrece, como ya hemos visto, la caridad (SC 10; PO 13), por eso es la base y la cima de la vida cristiana en la tierra (CD 30) y precisamente como comunidad. Pues lleva a su término la edificación del Cuerpo de Cristo (LG 2; 17).

Y esto no solamente para mientras vivimos aquí, sino que el Pan de vida lo es de Vida eterna, como es la de Cristo. Por ello la Misa nos hace pasar con Cristo al Padre (AG 15), nos une con la Iglesia del cielo (LG 50; como se manifiesta en las memorias de los santos) y es prenda de la vida

futura (SC 47), gloriosa, como expresamos en el Misal no pocas veces.

Notar que es que la presencia de Cristo es eficaz, es decir, causa lo que significa y así las expresiones del Misal son eficientes y causan efectos permanentes. Por todo ello la Misa es la cima de toda actividad cristiana, a la cual se ordenan todas las tareas pastorales (SC 10), no debe omitirse nunca (aunque no haya pueblo particular corporalmente presente: PO 13) y es la fuente primera de la caridad pastoral (PO 14).

Mas el primer efecto permanente de la celebración es la presencia de Cristo en las especies. Así debemos adorarle y pedirle ayuda (PO 5). Y podemos comulgar materialmente hablando, fuera de la Misa. Siempre entramos en la realidad de la Misa, en que se consagran las especies.

Y así debemos actuarnos al comulgar. Pero además comulgamos realmente, aunque no materialmente, siempre que entramos en relación personal de conocimiento amoroso con Cristo en la Eucaristía: en la Misa en que no comulgamos, en las visitas, al pasar ante los templos, al recordar la presencia en ellos. En cuanto a mí puedo vivir en comunión constante... Y debo hacerlo. Toda actuación en la presencia real de Cristo, no eucarística, depende de ésta. Y El está siempre presente (cfr el esquema sobre las maneras de presencia del Señor).

Los efectos de la Misa se producen - igual si nuestra disposición es la misma- en estas comuniones espirituales. Esta incorporación a Cristo, acrecentamiento de la relación con el Espíritu Santo, acrecentamiento de nuestro ser ontológico y nuestra actitud psicológica de hijos del Padre, de nuestro ser de hermanos frente al hombre que quiere serlo... Aumenta nuestra fe como participación del conocimiento de Jesucristo, nuestra esperanza, nuestra caridad. Se modifica nuestra sensibilidad, que es conformada a la sensibilidad de Cristo. Y nuestros instintos son así conformados. Indirectamente -por el aumento de la caridad- se perdonan los pecados, se destruyen sus huellas (las inclinaciones psicológicamente perversas que tanto nos dificultan) y por eso y por el crecimiento de la fe, esperanza, caridad y demás virtudes, y por las gracias actuales que El se compromete a prestarnos, se previenen los pecados futuros.

Advertir que muchos de estos frutos -y en cierto sentido todos- son comunicables. Si la Eucaristía nos hace compartir el amor de Cristo como es, nos hace fructuosos para los demás. De modo que cada comunión vigoriza nuestro poder de servir eficazmente a aquellos a quienes Dios nos encarga servir...

Evidentemente las "palabras de Dios", sean propuestas como tuyas,

sean las que la Iglesia nos pone para dirigirnos a EL -que es hacerse consciente de lo que nos quiere dar- tienen un alcance incomparablemente mayor en la Eucaristía, en virtud de la presencia totalmente especial de la Palabra de Dios misma. Pero partiendo de ahí, toda palabra divina es absolutamente eficaz...

Ante este sencillo bosquejo surge espontáneamente la pregunta acerca de la penuria del fruto percibido como resultado de tantas Misas y en tantas personas que "comulgan" o celebran incluso diariamente. Y sin embargo, la respuesta es trágicamente obvia por una parte y admirablemente consoladora por otra. Comenzando por la segunda: el fruto de vida eterna, incluso si no alcanza más que al "mínimo" de santidad, tiene ya un carácter de infinitud y eternidad, al nivel del Pan que se ofrece: ser eternamente inmaculado, amor divinizado, sin posibilidad de corrupción, algo totalmente sublime, divino y absolutamente maravilloso. Y hasta ahí el fruto de la comunión -de la Eucaristía- es innegable a la luz de la fe... Sean cuales sean los defectos, las tibiezas, las mediocridades. Para un filósofo que piensa que el alma es inmortal sin más, la subnormalidad o la locura no pueden tener excesiva importancia... Para un cristiano que cree en la vida divina eterna, los defectos del cristiano mismo en la tierra rebajan incomparablemente su valor por muchos que sean. Aún el pecador más degenerado, que se convierte "in extremis", con mera atrición, está manifestando la maravilla de la invención del amor divino...

Lo trágico es que:

a) Hay una pésima correspondencia al Amor infinito.

b) Que tal penuria causa una imperfección relativa eterna, una falta de plenitud eterna (no sentida! aun en la misma felicidad perfecta (el vaso cortadillo lleno, que podía ser un enorme jarrón lleno...)).

c) Que tales faltas de respuesta hicieron sufrir indeciblemente a Cristo y tienen consecuencias no menos eternas en la vida de otros muchos, que o no llegan a la santidad plena a que estaban llamados o se condenan...

Pero la razón de la relativa ineficacia -ciertamente grandísima respecto de la potencialidad santificante de la comunión eucarística (siempre incluida de una u otra manera en la celebración)- es obvia: La eficacia la tiene la presencia de Cristo en sí y ofrecida, pero en mí no se realiza si yo no la acepto. (Comparación del alimento, evidente: un alimento de poderosísima capacidad nutritiva, no nutre si no se recibe o se recibe en malas condiciones).

Ahora, ¿qué disposiciones tiene el pueblo de Dios frente a la presencia eucarística?

)Quién lo tiene como el **fundamento de su vida**?

)Qué proporción de energía intelectual y volitiva -no digamos sensible- encontramos en cualquier cristiano entre su interés por la presencia del sacrificio eucarístico, la presencia de Cristo sacerdote y víctima en cualquier sagrario, con toda la eficacia expuesta, y su interés **por cualquier otra cosa**?

)Quien **vive su vida personal** pendiente de esta presencia?)Quien se ocupa de dejarse durante el día penetrar de las actitudes que Cristo quiere infundirle y que ha inspirado a la Iglesia para que las proponga en los libros litúrgicos, sobre todo en el Misal?

)Cuanto tiempo emplea un cristiano "**normal**" -es decir, subnormal-corriente en pensar en tal presencia, en excitar su deseo de encuentro, de dejarse encontrar, en considerar su necesidad de comer el Cuerpo de Cristo, en penetrar las angustias del Señor frente al pecado, su odio, su ansia de destruirlo, en desvalorizar cuanto le impide encontrarse con El, en desear la caridad ardiente hacia todos y cada uno... esperando lo demás realmente **por añadidura**... (y que sale! No es que haya, como se dice a veces, que "hacer de la Misa diaria el centro del día", es que hay que darse cuenta de que lo es, y no solo la Misa a la que he asistido corporalmente, es que en **cada instante se está consagrando en algún lugar**. Es que me estoy ofreciendo y Cristo se está ofreciendo con todo el Cuerpo místico por mí... y esto solo es fructuoso en la medida que es personal: aceptado, acogido consciente y voluntariamente (lo cual tiene muchos grados). En la proporción en que deseo al menos desear la unión con Cristo tal como ha sido expuesta y en que consiguientemente aborrezco toda actitud y todo acto egoísta, incluso los todavía no detectados y desde luego los que todavía -por no ser pecados en su materia- no soy capaz de eliminar de mi vida, es fructuosa la comunión en el sentido expuesto...

Basta comparar el deseo de la presencia de cualquier persona querida o de cualquier acontecimiento, con el deseo real, pongamos de voluntad, que se muestra en las obras, con el de la presencia de Cristo y el acontecimiento de su venida y su presencia en cada Misa, para entender perfectamente las deficiencias del fruto de la Eucaristía en la tierra. Basta pensar en las muchedumbres de cristianos que entienden por estar al día conocer las andanzas de los políticos, los deportistas o los artistas y no conocen apenas nada de las andanzas del Señor actualmente entre nosotros, para que la relativa infructuosidad de la Eucaristía deje de ser enigmática y se convierta en la cosa más clara de todas...

Meditar el Misal, el Ordinario, las Plegarias eucarísticas, los

prefacios. Encontrar en ellos la revelación de las Personas divinas y del hombre mismo y de la Iglesia, y esperar-desear confiadamente el doble fruto positivo -divinización para todos- y negativo -perdón del pecado hasta los últimos rastros, que son las malas inclinaciones, que nos quedan de la malicia consentida- eso es disponerse. Y así la Eucaristía fruta en el cristiano y éste experimenta con certidumbre insuperable e infrangible la presencia salvífica, incomparablemente deleitable del Señor.

Notar que dado que la presencia es sacramental -de signos-, los signos que la Iglesia estima válidos, lo son realmente: las exposiciones, procesiones, etc son modos eficaces de **comunicación**. Aplicación de altísimo bordo a mis relaciones personales...

(Notas para la reflexión).

EL AMOR DE CRISTO EN LA EUCARISTÍA

La Misa es el sacrificio de Jesucristo para unir a los hombres con Dios. Es la manifestación de las Personas divinas, más perfecta en la tierra.

Contemplemos y meditemos en los diversos aspectos del amor de Jesucristo en la Eucaristía:

Sabiduría: Cristo nos la infunde perfeccionando nuestro amor por la unión con El, que quiere estar con nosotros, tal como es, glorificado a la derecha del Padre. Es necesaria esta sabiduría para entender todo esto.

Poder: Cristo puede realizar la presencia eucarística para que podamos tener contacto con El. Poder de instituir sacerdotes que la realizan y poder de santificar a estos sacerdotes por un amor de predilección.

La presencia eucarística mira a producir la unión de los cristianos entre sí y en el Cuerpo Místico con El y en especial la del sacerdote que confecciona la Eucaristía: Confianza en el poder de Cristo de santificarme.

Se consagra la Eucaristía para consagrar las personas; cuando el sacerdote consagra la Eucaristía, consagra las personas. Confianza en poder consagrar a las personas, pues viene unido al poder de consagrar la Eucaristía.

Cristo actúa suscitando la intención de la persona que consagra. Si éste sólo quiere consagrar la Eucaristía, Cristo le da poder sólo para ello; pero si también quiere santificar a las personas, puede hacerlo.

La acción de Cristo llega normalmente hasta donde llega la intención del sacerdote. Por esto es muy importante cuidar la intención al celebrar o participar en la Eucaristía. Y esto se aplica ahora a mi modo de comulgar, pues según comulgue ahora, así consagraré mañana.

Intensidad del amor de Cristo: Hasta el fin. El amor de Cristo perdura siempre y con la misma intensidad que le llevó hasta la muerte. Esta intensidad se manifiesta en su interés de unirse a nosotros ya en la tierra, a todos y cada uno. Dimensión misionera, para llevar a Cristo allí a donde no es conocido, para que pueda amar a aquellos hombres, y de acompañarle allí donde está, en el Sagrario.

Un aspecto de este amor es **la ternura**, que Cristo manifiesta en la Eucaristía, haciendo cosas que no son necesarias o, al menos, no son imprescindibles, como la comunión no es necesaria para santificarme; en absoluto podía haber escogido otra forma, pero Jesucristo quiere que llegue a

la unión sacramental con El.

Contemplar abundantemente esta ternura de Cristo e ir penetrando en ella, sabiendo descubrirla, supone tener esa misma actitud con los demás.

Otro aspecto del amor de Cristo en la Eucaristía es **la constancia**: Cristo ha querido permanecer en la Eucaristía en la tierra, hasta que todos lleguemos a El.

Firmeza: Es la capacidad de aguantar las dificultades. Cristo quiere estar en la Eucaristía, aunque su presencia en ella le lleva a recibir muchas afrentas. Desde el principio sucede así: Judas, los Apóstoles, que le abandonan a la hora de la cruz y así durante toda la Historia. Cristo sabía todo esto, pero quiere estar presente e incluso perdona todos los sacrilegios contra la Eucaristía, si hay arrepentimiento.

Comulgo mal, pues si no fuese así, tendría todas estas actitudes y posturas que Jesucristo mismo me comunica.

La presencia de Jesucristo va unida a la Misa y en ella se realizan estos aspectos del amor de Jesucristo. Por eso tiene sentido el asistir y participar en la Misa, aunque no se pueda comulgar.

Igualmente tiene sentido la comunión fuera de la Misa y el celebrarla sin presencia de fieles, cuando se celebra para santificarlos.

Vivo en una casa de Cristo, en la que vive Cristo y está realmente presente como Sacerdote y Víctima. Esto debe llevarme a la comunión sacramental y a la espiritual, a asistir a la Misa aun sin poder comulgar, a tener una conciencia continua de la presencia eficaz de Cristo, que supone una postura consecuente de gusto, participando en el papel de sacerdote y víctima de Cristo.

Misas hay a todas horas y en todas ellas somos ofrecidos con el Cuerpo Místico y en todas Cristo se ofrece por nosotros. Esto ha de llevarme a una actitud continua de víctima, no solo cuando participo físicamente en una Misa, pues de todas recibo fruto, si estoy dispuesto, abierto a ello.

La exposición del Santísimo: En un mundo de signos no se puede prescindir alegremente de ellos. Este signo nos sirve para actualizarnos y por lo tanto para alcanzar más gracias, pues Cristo actúa según mis disposiciones.

(Retiro 28.9.1979).

EUCARISTÍA Y CORPUS

Todos los ciclos litúrgicos van a desarrollar, con un sentido

pedagógico eficaz, el misterio de la Redención. Es preciso darse cuenta ahora que todo eso se realiza cada día en la Eucaristía.

Procuremos caer en la cuenta de la eficacia infinita que tiene la Misa, por lo menos indefinida en su aplicación, y por consiguiente, hacerse consciente de todo el fruto que puede sacarse de ella.

La Misa va a comunicarnos las actitudes de Cristo y esto se realiza, en lo que de nosotros depende, en la medida en que estemos preparados. Nunca estamos de hecho lo suficientemente preparados, pero siempre la medida en que recibimos estas actitudes de Jesucristo está determinada por nuestra preparación, porque Dios nos daría más, desde luego.

No es verdad decir que con una comunión basta para ser santo, pues la comunión, por la misma forma sacramental que tiene de comida, no está para que baste una sola, porque el alimento no basta para dar la vida a un individuo; basta para fomentarla. No basta una sola comunión; lo lógico y lo que Dios quiere es que se comulgue todos los días, de la misma manera que se come todos los días. Otra cosa es que con una sola comunión se progresaría muchísimo, porque el alimento sí que hace progresar.

Examinar la importancia que doy a la Misa durante el día.

Examinar la actitud de Cristo de acción de gracias respecto del Padre, la actitud de adoración, la actitud de petición de perdón, de propiciación, de expiación y la actitud de petición de gracias nuevas, que no son sólo para mí, sino que son por definición para todo la Iglesia y, a través de ella, para todo el mundo. Porque la Misa se dice para todo el mundo, luego la Misa debe producir esta extensión de la caridad.

Darse cuenta de qué preparación práctica doy a la Misa. Es verdad que se ha de llegar al punto en que uno esté todo el día en una disposición de Misa y entonces no hará falta disponerse. Pero esto no se improvisa y se llega a ello bastante tarde.

Sucede que ahora el planteamiento total está de acuerdo con la Misa, pero podemos darnos cuenta que luego, momento tras momento, algunas o muchas actuaciones no están de acuerdo con la Misa. Unas veces porque no están de acuerdo sin más; otras, porque son actuaciones deficientes.

Normalmente conviene prepararse. Las cosas de este mundo las preparamos y mucho, a veces: un viaje, una clase, unos exámenes... Pero damos la impresión que las cosas espirituales tienen que salir bien, porque lo hemos decidido nosotros, pero no porque las hayamos preparado antes. Un sacerdote no tiene que pensar que rezar la Liturgia de Horas le tiene que salir bien porque sí, pero la predicación ha de ser cuidadosamente preparada.

Habría que decir al revés.

Detenerse en la necesidad de preparar la Misa; no hay nada tan importante y urgente como prepararla. Otra cosa será discernir el modo de preparación: Prepararse inmediatamente antes, preparar las lecturas de cada día (al menos leerlas es casi indispensable)... La preparación puede consistir en haber hecho un rato largo de oración, aunque no sea inmediatamente antes o hacer lectura espiritual... Depende del nivel de vida espiritual y de la temporada en que esté uno, porque estando en el mismo nivel espiritual influye la situación fisiológica, las circunstancias del ambiente, etc.

Ha de quedar muy claro que las cosas espirituales hay que prepararlas y que de todas las cosas espirituales las tres más importantes **siempre son**: La celebración de la Misa, el rezo de la Liturgia de Horas y la administración de los sacramentos. Después vendrá todo lo demás, pero esto es lo más importante de todo. De manera que si algo ha de quedarse sin preparar es la predicación, una clase, etc. Hace falta tener este criterio muy firme, porque no le tiene casi nadie. Véase, por ejemplo, el Seminario.

Analizar la Misa siguiendo el ejemplo que hay en hoja aparte y tratar de descubrir cómo aparecen las Personas divinas, la Iglesia, el hombre, nosotros...

Enriquece muchísimo la celebración o vivencia de la Misa, ir contemplando la Misa junto con las ideas y los diversos aspectos que aparecen en cada tiempo litúrgico.

En la fiesta del Corpus

La fiesta del Corpus pone de relieve un aspecto que no es tanto el de la Misa como tal, cuanto el del culto a la Eucaristía. No tanto que Jesucristo nos pone la obra de la redención para santificarnos, cuanto el hecho de que Cristo se queda con nosotros y se queda siendo el Hijo de Dios. No es que se quede para que le demos culto en la Eucaristía, sino que se queda y una vez que lo hace, no podemos por menos que darle el culto debido. Jesucristo, en el sagrario, está en forma de comida, se consagra y se reserva para comer. Pero en el sagrario no puedo prescindir de que está Cristo y de que esta comida es un signo de comunicación; se trata de **comunicarnos con Cristo**. Hacemos comunión espiritual cada vez que entramos en contacto con Jesucristo presente en la Eucaristía.

Para que se produzca la comunicación hemos de darnos cuenta de que está ahí y no podemos comunicarnos realmente con Jesucristo más que

dándonos cuenta de que es realmente el Hijo de Dios. Pero una vez que nos damos cuenta de que es el Hijo de Dios, pasamos de que Cristo nos mueve a adorar al Padre, que es lo que sucede en la Misa, al hecho de que le adoramos también a El, porque es el Hijo de Dios. Aquí interviene la fe en Cristo, dándome cuenta hasta qué punto va desarrollándose la fe, comparando un poco con épocas pasadas.

Darse cuenta también de que como Cristo está presente hay una compañía. Ver el sentido de relación personal y de plenitud afectiva que supone la presencia de Dios. De hecho Cristo quiere estar presente; un aspecto del dogma de la Eucaristía es la presencia continua de Jesucristo. Es absurdo buscar compañías naturales como necesarias, por lo menos decir que tienen que ser necesarias, cuando está Jesucristo con nosotros. Cuando está Jesucristo, los demás están por añadidura, por consecuencia.

Jesucristo es Mediador y por tanto la relación con el Padre, con el Espíritu Santo y con los demás hombres sólo se puede establecer desde Jesucristo.

Encontramos a Jesucristo; El se nos comunica para establecer esa relación en la Eucaristía. Esto que es válido para todo cristiano, tiene una aplicación especialísima para el sacerdote que lo es para consagrar no solo el pan y el vino, sino a todos los hombres y esto se puede hacer simplemente celebrando la Misa. Por eso un cartujo puede ser sacerdote y tiene sentido celebrar la Misa sólo; sin embargo esto no se puede hacer sin celebrar la Misa, aunque se hagan multitud de cosas.

Hay que tener actitud de Eucaristía. La plenitud afectiva del sacerdote no se podrá conseguir sin una relación inmediata con la Eucaristía. La ordenación va dirigida a poder consagrar; el consagrar todas las relaciones, incluso con los demás, se consigue de la consagración. "Esto es mi cuerpo", "Esta es mi sangre" produce fruto en las especies del pan y del vino y también en el sacerdote de otra manera, pero realmente. Y esta relación que consagra se va viviendo a lo largo del día.

)Echo de menos la Eucaristía? Por ejemplo, en vacaciones, cuando vivo en una casa donde no habita corporalmente Jesucristo. Es verdad que puedo estar en relación con Cristo, esté donde esté, pero no deja de ser verdad que no estoy en relación directa con la Eucaristía, donde Cristo no está corporalmente.

Ver si se avanza en encontrar todo deleite en la Eucaristía.)Qué me ha ayudado para este avance? Los otros gustos que hay en la tierra, sin querer decir que vayan a desaparecer del todo,)me van produciendo menos gusto, se

desvalorizan? Cuando un individuo tiene mucho gusto en una cosa, inevitablemente desvaloriza las demás. Cuando un individuo va gustando lo que es la presencia de Cristo, va desvalorizando en primer lugar las demás presencias, en segundo lugar va desvalorizando los demás gustos, de manera que puede recibirlos accidentalmente, cuando se los dan y reconociendo que en último lugar salen de la mismísima Eucaristía, porque la obra redentora de Cristo no puede realizarse más que por la presencia eucarística.

Plantear las cosas de tal manera que no me fije demasiado en un gusto cualquiera, de modo que me atenúe el gusto por la comunicación con Cristo en la Eucaristía. Se puede llegar a sentir la molestia, por ejemplo, en la Eucaristía, en cuanto separa de la inmediatez de la relación con Cristo en la Eucaristía, en cuanto la relación con Cristo es menos consciente.

Y esto llega incluso a la misma Eucaristía: Cuanta más conciencia tenemos de la presencia de Cristo, más ganas tenemos de perderla de vista; porque la Eucaristía misma reclama una ausencia, a la vez que una presencia. La Eucaristía se instituye la noche en que Cristo se despide de sus discípulos; todos los discursos de la Cena son despedidas. La forma de quedarse Cristo en la Eucaristía es una especie de ausencia, porque la presencia perfecta, la comunicación perfecta no se hace así, no podemos vivirla sino solamente en el cielo. Por eso la Eucaristía es una presencia real y, a la vez, una ausencia real; nos atrae por lo que hay de presencia, pero esta misma atracción está provocando el deseo de la presencia total, lo que produce el deseo de que desaparezca cuanto antes, primero para que desaparezca yo y la tierra entera y así aparezca Jesucristo, se manifieste sin más explicaciones.

Adoración

Cuando se rebaja el respeto para aumentar la confianza, disminuye también la confianza, porque no vale la pena tener confianza con una persona que no tiene mucha dignidad, al igual que no vale de nada que tenga mucha dignidad, si no le tengo mucha confianza.

Como consecuencia, la actitud frente a la Eucaristía ha de seguir a un aumento continuo de respeto. Lo divino es fascinante y terrible; por un lado nos atrae y por otro nos asusta. El mismo Pedro dice: ")a quien iremos, Señor? Tu tienes palabras de vida eterna" y por otro lado dice también: "Apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador".

Esto se puede sentir simultáneamente o a veces una cosa y a veces

otra, pero los dos aspectos han de estar presentes e ir en un progreso continuo para que haya una relación real con la Eucaristía. Es preciso no dejar que crezca uno en detrimento del otro. Hoy hay una desfachatez impresionante en el trato con Jesucristo y esto lleva consigo que la comunión no dé todo el fruto que debiera, puesto que eso no ayuda a ir más preparado y vivir mejor la acción de gracias.

La procesión del Corpus tiene sentido de adoración, pues es presentar a Cristo por las calles para que le adoremos.

Penetrar el misterio: Jesucristo es el Verbo, el Hijo de Dios, que entra en contacto con todo el género humano en la Encarnación. Pero entra en comunicación con cada uno en la Eucaristía y en ella el hombre puede conocer toda la grandeza, toda la amabilidad que supone ser Hijo de Dios. Y esto aunque se realice en una Iglesia o en una procesión, donde haya mucha gente, tiene siempre un sentido marcadamente personal, pues es siempre una invitación a la comunión y al encuentro personal.

Reparar la conciencia de estar en la presencia del Hijo de Dios; fijarse en las mismas actitudes concretas. Es cierto que por la confianza se puede estar con mucho respeto en cualquier postura, pero también es verdad que, si no tenemos un poco de cuidado, lo más fácil es que, cuando no manifestamos una actitud de respeto, acabamos por perder el respeto o, por lo menos, no lo adquirimos.

Poner cuidado en esto, porque si no, nos dejaremos llevar por corrientes que, si no nos chocan demasiado, nos contaminan el entendimiento, no nos damos cuenta del daño que pueden hacer a alguno y algunas veces nos dañan a nosotros mismos. Cuando expresamos lo que pensamos, ya sea a otros o a nosotros mismos, clarificamos el pensamiento y los signos, los litúrgicos, por ejemplo, son expresiones que nos ayudan a clarificar el pensamiento y caemos más en la cuenta de lo que estamos haciendo. Una cosa es cambiar el signo por otro más significativo y otra es suprimir el signo.

Examinar cómo vivo y asimilo la procesión del Corpus. No es cierto que disipe por necesidad. Se puede vivir la procesión en oración y recogimiento. Un test interesante es ver qué me atrae más, la presencia de Cristo o la gente.

No es indiferente ir con devoción en la procesión o no, incluso no es indiferente como testimonio.

Ver que todo el lío se organiza por Cristo, mi amigo, y se organiza en muchísimas ciudades del mundo, por la única persona que es mi íntimo amigo.

Pedir a Dios, en la procesión y antes, que sea un día muy fructuoso para mucha gente, para todos los que se enteren que se celebra el Corpus; que no se queden en que es una fiesta, sino que se dejen transformar por el sentido de la fiesta. Tener conciencia de que esta petición tiene su fruto.

(Retiro 3.6.80).

SOBRE LA EUCARISTÍA

I.- PRESENCIA REAL

La esencia del sacrificio de la Misa son las palabras y éstas realizan la venida de Cristo. "Su ofrenda al Padre es un acto de presencia entre nosotros". (La ofrenda del presbítero al Padre debe ser un acto de presencia entre los hombres. Pero bien entendido: Tal como lo es la ofrenda de Cristo: **sin dejar al Padre**. Ello significa que solamente el sacerdote capaz -como un Cura de Ars- de actuar contemplativamente reproduce en perfección el sacrificio de Cristo...).

La religión cristiana es la religión de una Persona, del Hijo de Dios hecho presente en este mundo por la Encarnación. "La Misa realiza esta presencia del Verbo Encarnado". "La Misa es ante todo la ofrenda de Cristo hecha por El mismo, ofrenda que se comunica a la Iglesia y a los cristianos". (Evidentemente nosotros hemos ante todo de recibir esa presencia ofrecida. Lo capital en la Misa es la conciencia de tal presencia). "Toda participación en la Misa es en primer lugar una adhesión a la presencia del Salvador. Debe ser deseo de esta presencia, olvido de sí mismo en una mirada clavada en ella". Despersonalización del sacerdote en las palabras de la consagración. Debe ser común a todos los asistentes. Y puesto que la Misa es acto capital (fontal), debe prolongarse a lo largo del día...

La realidad de la presencia por las palabras de Cristo y la inteligencia de los discípulos. Solamente la fe puede captarlo. Lo esencial de la Misa es la fe. Cuanto más nos centremos en una realidad de razón, más lejos estamos del centro; realizamos actos periféricos, incapaces de producir nada central en la vida cristiana...

El símbolo sacramental hace presente la realidad significada. Pero en la Eucaristía el principio alcanza los últimos resultados. Desaparece la realidad del símbolo; es lo contrario de lo aparente: No es que Cristo - no presente- realice ciertos efectos en el hombre; es que el pan no presente los realiza, los materiales, por el plan de Cristo mismo... Jesucristo no se refiere para nada con sus palabras al símbolo. Desde ahí se nos esclarece todo el sentido simbólico de las criaturas. (Pienso que es también una anticipación escatológica, pues no me repugna la expresión de Durwell: Más vale decir que el pan recibe su pleno ser... Y de ahí vienen las realizaciones escatológicas cristianas, tales como, en el sacerdocio o la vida religiosa, la

pobreza o el celibato...). En la Misa, "el universo se convierte en símbolo del Verbo Encarnado, símbolo que tiende a no tener otra realidad íntima más que la de Cristo. La Misa es la renovación de todas las cosas en Cristo, de ese Cristo cuya figura nos deben esbozar y del que deben recibir todas las cosas la savia íntima que anima su existencia".

Notar que las palabras de la consagración no tienden de suyo a eliminar la substancia de pan, sino inmediata y explícitamente a realizar la presencia de Cristo. "La intención del sacerdote en la Misa no tiene como fin la transformación maravillosa que supone la Consagración, sino que recae enteramente sobre el resultado de esta transformación y que es al mismo tiempo, por una paradoja, su principio: La presencia del Cuerpo y de la Sangre de Cristo". La transubstanciación anuncia eficazmente una transformación todavía mayor: El Salvador viene a renovar la substancia de los hombres y de las cosas, a recrearlas de nuevo a nivel sobrenatural. **La Redención es una nueva creación** (II Cor 5,7). Lo mismo en la Misa que en el universo no aparece la mutación. Pero existe de cierto en progresión.

Notar la relación entre la fe en la Eucaristía y la fe en la posibilidad de transformación del hombre y del universo. Y notar que esta transformación humana no se ejerce por una concentración en la transformación misma, sino por una tendencia de todas las fuerzas a la presencia de Cristo que viene.

Pienso que un escudriñamiento más atento de los misterios sacramentales nos llevaría a consecuencias sabrosísimas y eficacísimas en el orden ascético. Nadie negaría que los planes de la persona indican con notoria claridad sus objetivos. El examen de los métodos divinos nos abriría muchos panoramas sobre su visión del hombre y sobre el tipo de hombre planeado por Dios.

II.- PRESENCIA DEL VERBO ENCARNADO

La palabra "carne" -probablemente empleada por Cristo mismo- indica en arameo la carne viviente (por oposición al cadáver), la persona entera hecha visible por medio del cuerpo. a esto responde el razonamiento teológico que habla de la presencia del alma y de la divinidad "por concomitancia". Al mismo tiempo, la palabra recalca el aspecto caduco del individuo.

Sentido de realidad (nunca se emplea metafóricamente): Cristo ha querido expresar la realidad de la presencia de su cuerpo material con toda claridad.

Por tanto Cristo se nos da como es, como Persona. Continúa el misterio de la Encarnación, cuyo meollo consiste en la presencia personal que Dios ofrece al mundo. El Verbo hecho hombre entabla relaciones personales con los hombres.

Notar que toma la condición humana, no solamente la humanidad; es más, realiza algo muy extraño, puesto que toma la condición de pecador que no le corresponde en absoluto, pues ni toma -ni podría tomar- el pecado. Cristo se abaja al nivel humano así condicionado, para elevar a los hombres a incondicionado nivel divino.

Y mediador y mediación El mismo, en El pueden unirse los hombres con las Personas divinas. "Cada vez que desciende al altar, lo hace para introducir a la humanidad más profundamente en la intimidad de amor de las Personas divinas". "La presencia personal del Salvador en el sacrificio de la Misa reviste un valor esencialmente comunitario del orden más elevado, porque no tiende solamente a unir entre sí a los hombres, sino a reagruparlos en el seno de la suprema comunidad que se encuentra en Dios". "Los asistentes no deben perder nunca de vista esta perspectiva fundamental. La Consagración es la fuerza que debe elevar toda la comunidad humana hacia el interior de la Trinidad, haciendo descender la Trinidad hasta el centro de la humanidad".

Realización actualizada intensamente de la frase de San Juan: "Esto que vimos y oímos es lo que os anunciamos, para que tengáis también sociedad con nosotros, y nuestra sociedad sea con el Padre y con su Hijo Jesucristo" (I Jn 1,3). Notar de paso como una lectura de esta primera epístola joánica, teniendo presente el cumplimiento de sus palabras en la Misa, puede resultar muy fecunda.

Asombro: Nada sorprendente que los hombres no acepten la realidad del misterio trinitario; pero que lo reciban y se comporten como si no fuera cierto...

Insistir en la predicación, oportuna e inoportunamente, en esta totalidad del misterio. Sabido está de sobra que la humanidad se muestra reacia a cuanto excede la mediocridad; que tiende automática y casi invenciblemente a trasladar al grupo lo que es universal; a la pequeña seudocomunidad de unos cuantos lo perteneciente a la innumerable Iglesia universal viviente en la tierra y en el Paraíso e incluso en esa misteriosísima e ignota situación que constituye el purgatorio. Pero por eso Jesucristo es el Vencedor, porque triunfa de la invencible mediocridad humana.

Leer también el Discurso de la última Cena como comentario de la

Misa. Preocupación de Jesús por formar a los discípulos en la conciencia de no abandonados.

La Misa "continua la invitación a una intimidad personal con Cristo". La elevación de la Hostia debería recordarnos: "Cuando fuere levantado, todo lo atraeré hacia Mí" (Jn 12,32). Porque así está en la Misa: en la doble elevación de la cruz y de la resurrección. La renovación del sacrificio atestigua la perduración ininterrumpida del amor de aquella época, de aquellos momentos de la crucifixión.

La consagración entrega lo que el Evangelio promete. La presencia de Cristo en la Misa debe suscitar nuestra presencia corporal en la Misa.

Relación de "esto es mi carne" con los repetidos "Yo soy", en que Jesús se identifica como Hijo de Dios. Paralelo con la presencia de Yahvé, amante, protectora. "Existe un misterio del ser en la Consagración, misterio del cambio de un ser en otro, misterio de la existencia de Cristo bajo las apariencias de pan. Pero este misterio es ante todo el misterio de la presencia del ser divino, que existe con nosotros y para nosotros... Por esta presencia, el Salvador quiere hacernos entrar en su "Yo soy". Desea comunicarnos el poder y la duración de su ser, rehacer nuestra vida fundamentándola sobre su presencia. Quiere realizar al máximo la promesa "Yo soy con vosotros", situando más y más profundamente el "con vosotros" dentro del "Yo soy". La Misa es por excelencia el momento y el lugar de la presencia divina en este mundo". Y esta presencia invade incluso el universo material, haciéndolo avanzar hasta el último estadio.

Esta "divinidad" de la presencia de Cristo está muy precisada de expresión actualmente. Van cayendo en desuso incluso los gestos de adoración. Pero si Cristo no fuera Dios, nada tendría sentido en nuestra vida. Y por eso se resienten tantas vidas de cristianos... Mi fidelidad a esta revelación, en posturas interiores y exteriores; en vivencia personal y en testimonio, en palabra y en acción.

La Eucaristía es culminación del misterio de la Encarnación. Relación del sacerdote con la Virgen. Su actitud es fundamento de la nuestra; pero en ambos casos, cooperación con Dios a la encarnación plenamente realizada. La consagración es el hacerse todo a todos. "Es el modelo de la adaptación: hacerse semejante a los que se quiere ganar y salvar". Es la carne resucitada y gloriosa, pero marcada con la Pasión, incluso en el hecho de ser gloriosa por resucitada.

La dignidad del cuerpo humano ha de estudiarse en la Misa.

He dicho repetidamente: El conocimiento de Cristo, que nos hace

conocer simultáneamente su estilo de acción y consiguientemente el nuestro, el único posible como sacerdotes, nos exige contemplarle en su vida terrena, en el cielo, en la Eucaristía y en la vida de la Iglesia, sobre todo en los santos que Ella ha canonizado. Pues bien, debo extraer muchas más consecuencias de tal principio. Cuando pensamos en "encarnar" nuestro conocimiento del Espíritu hemos de atender a la Eucaristía. No es siendo parejos a todos, ni a cualquiera; pero sí es haciéndonos presentes a cualquiera y, como decía el P. Chevrèr, siendo devorados por ellos...

"La presencia del Verbo encarnado está contenida en esta ofrenda sacrificial; por tanto es una presencia esencialmente victimal. Cristo se nos entrega como una víctima". Esto ilumina el problema del dolor. No somos nosotros víctimas de Dios, que se complazca en atormentarnos, sino que es Dios, el hijo de Dios, quien es víctima nuestra. Esta es la injusticia. Y el misterio del dolor. Es El quien sufre ante todo las consecuencias del pecado.

La injusticia exterior aparece bien clara en el Evangelio, en todo el proceso de Jesús. Y en todos los actores... Los injustos del Evangelio, los verdugos de Cristo no hacen sino significar a todos los hombres.

"El Verbo se hizo carne para constituirse en estado de víctima en favor de todos los que deberían ser castigados por sus propios pecados. Al hacerse de nuevo presente sobre el altar como víctima renueva su rasgo de heroica generosidad. Y evidentemente, si viene a unírnos con El, no puede ser sino suscitando el mismo ofrecimiento victimal en nosotros.

Este ofrecimiento victimal consiste en "desaparecer, olvidarse, no tenerse en cuenta, prestar la menor atención posible a sus propios dolores para únicamente tener en cuenta el fin que ha de conseguirse: la salvación del mundo".

La esencia del sacrificio de Cristo es el amor que no busca su interés, sino el de los otros. Y ante todo el divino.

En la Misa se ofrece Cristo Viviente. El ambiente de la Misa no es una reproducción del estado interior de aflicción de María al pie de la cruz. La conmemoración de la muerte se realiza en la resurrección actual: gozosa, triunfante...

Es esta gloria la que hace a Cristo - según normas ignotas para nosotros- partícipe en cierto sentido de la omnipresencia divina. Recordar la palabras del capítulo VI de San Juan (v. 61-63). Las palabras que os he dicho = las cosas de que os he hablado. Estas cosas son espíritu vivificante. Cristo, en la Cena, está en actitud de anticipación (Yo he vencido al mundo... XVI, 33).

Necesidad de la fe, que es una opción nuestra ante -y con- la gracia suya. Y la fe que vivifica es la fe en la Eucaristía, puesto que ésta es vivificante (Jn 6,47-48; 60,66- 67). "La fe en la Eucaristía confiere una energía mayor a la fe en el Salvador, ilumina y fortifica esta fe. Así la Eucaristía continúa siendo para unos causa de escándalo y para otros ímpetu de fe y de un amor más personal. La fe en la Eucaristía es apta para expresar la totalidad de la fe cristiana".

"Sería excesivo decir que en la Eucaristía hay una segunda Encarnación, pero es totalmente correcto constatar que por ella la Encarnación adquiere un valor más actual y más cercano".

Pienso que ya lo he anotado, pero debería estudiar el sentido general y los casos concretos de anticipación. Y ver cómo la fuente de todo ello se encuentra en la Eucaristía. Y examinar consiguientemente la relación de cada postura anticipatoria -y lo es cada testimonio escatológico- con la Eucaristía...

III.- EL ANUNCIO DEL SACRIFICIO DE LA MISA

Anuncio de un sacrificio puro en todo lugar: Universalismo, "con su extensión progresiva debe sacralizar todos los lugares de la tierra y transformar más y más la tierra en un altar desde donde suba el homenaje de la humanidad a la gloria de Dios". Pero tierra es donde está el hombre: planetas que vayan siendo humanizados. La Misa forma parte del gran movimiento que dilata cada vez más el Cuerpo Místico y multiplica su sacrificio: tal es el horizonte de cada Misa: Manifestación local y particular de un sacrificio universal, del que forma parte la humanidad total".

Hay dos aspectos:

El positivo: Que no ofrece dificultad: Elevación de lo natural sin más.

El negativo: Inclusión de la inmolación. Victoria de la Vida en el interior del hombre.

(El autor no hace tal distinción; considera el sacrificio directamente como inmolación y sólo atiende a eso).

El Amor tiende a pertenecer al amado y tiene así un aspecto doloroso. Renuncia a la independencia, entrega la propia vida con sus posesiones todas. Y aquí en la tierra eso supone dolor. Y por ello el amor incluye el dolor como ocasión necesaria de realización. Sacrificio es un acto de renuncia total por amor. El sacrificio de algo simboliza la disposición total de humilde donación del sacrificador.

Aquí yo pienso que sería sumamente importante un análisis detenido.

Aspectos del yo: Entrega gustosa del núcleo de la personalidad, que solamente se sacrifica en cuanto que es elevada, cristianizada. Ello implica humildad en cuanto conocimiento de la verdad del propio ser: limitado, elevable, ordenado cabalmente a Cristo, incapaz de elevarse por sí mismo.

Pero todo esto es gozoso, puesto que es grato ser elevado y ser asimilado a quien se ama. Pero la personalidad aquí, tan limitada, no puede captar inmediatamente cada uno de los aspectos. Y ello exige un fiarse de la fe sobre lo que el entendimiento conoce en cuanto razón. Y esto cuesta. Y lo mismo sucede en los niveles afectivos. De hecho hay orientaciones falsas de nuestras tendencias, que de momento es doloroso cortar. La no integración sólo parcialmente culpable, de la sensibilidad en la personalidad total, hace inevitablemente penosas muchas elevaciones... Lo más claro es el sufrimiento corporal, inexcusable en el sacrificio y en su totalidad jamás suprimible durante nuestra vida en la tierra...

En cuanto expiatorio el sacrificio es la proclamación de la nueva disposición interior hacia Dios; aun en los casos en los que desaparecida la causa aliciente no fuera doloroso apartarse del pecado, siempre lo será reconocerse pecador y esforzarse por volver a una situación más alta.

El sacrificio expiatorio -aquí la proclamación sacramental de la muerte de Cristo- expresa semejante interioridad. Naturalmente tal conversión solamente Cristo puede realizarla en nombre de la humanidad y de modo eficaz sobre ella. El perdón es de una abundancia impensable, puesto que el sacrificio de Cristo-Hombre es igualmente impensablemente perfecto. Pero nosotros nos asociamos a la Misa; hacemos nuestro el sacrificio también de un modo absolutamente impensable...

Me viene la idea de precisar mis concepciones acerca del sacrificio. Podría dedicarme mañana a ello y grabar una cinta. Ahora sin exceso de disquisiciones y atendiendo más a las consecuencias prácticas en mi vida, proseguiré la lectura despaciosa de Galot. Pienso que debemos tener en cuenta que cada desorden nuestro es significativo y ejecutivo de un desorden interior. Recordar los análisis de Fromm sobre el propósito de abandonar el tabaco. De ahí que un sacrificio concreto tenga valor ontológico-sicológico insustituible. Un grado de caridad me pone en comunicación con Dios bastante para que El pueda actuar en mí y así en un momento dado disponga de fuerzas superiores a las que me proporcionaría mi propia capacidad sicológica actual.

Y entonces un sacrificio concreto - abstinencia del tabaco- libera energías últimas muy superiores a lo meramente aparente, sobrenaturales, pero naturales a la vez. Se produce la auténtica conversión, puesto que lo

actuado últimamente es la disponibilidad absoluta al menos en cuanto deseada.

El objeto concreto eliminado, la fuerza concreta sacrificada -elevada- son signos reales, por ser efectos reales, de la disponibilidad última progresiva. Y dado el ser del hombre -consciente, volitivo, sensible, corporal- no puede realizarse la unión con Cristo de otra manera que ésta: interviniendo los elementos de conciencia, voluntad, sensibilidad, cuerpo.

Lo mismo que el pecado me ha inclinado más, realmente, al nivel de la autosuficiencia en el campo intelectual -llevando mi juicio a pensar que tal o cual de las criaturas me es necesaria incluso bastante, siempre la elegida por mí, y me ha prendido más en la pendiente de mi juicio y mi elección y complacencia, todo sacrificio concreto me abre al juicio y a la elección sobrenaturales. El sacrificio así tiene el mismo valor de la oración: Lo que importa no es el objeto particular que pido expresamente -y que volitivamente debe estar enfocado relativamente-, sino el objeto universal que consiste en cumplir la voluntad de Dios, el "venga a nosotros tu reino". Y en postrera visión: Dios mismo, la Trinidad.

Y es que el sacrificio es oración, como la oración es sacrificio siempre. Por ello se incluye el sentido de adoración, ya que me reconozco ontológicamente dentro de la voluntad infinita y sabia del Padre; y por cierto una adoración que es acción de gracias, puesto que me reconozco existente en este plano de relación con El, como pura gracia suya. La petición de perdón, la propiciación, ya que me conozco como pecador necesitado, e incluso entiendo que las gracias que impetro son necesarias por razón de mi ser pecador. La expiación por los mismos motivos.

El sacrificio expía, puesto que mi voluntad se muda y, como tal mutación incluye sufrimiento, yo le expreso de alguna manera. La línea podría expresarse así: La mutación personal ontológica incluye la mutación de la voluntad en sí y en sus objetos; ésta se expresa psicológicamente cambiando fácticamente de objeto (pero en uno concreto ejerce la disposición universal de cambio); ello incluye dejar otro; este abandono, doloroso, se manifiesta de alguna manera externamente; y como esto sucede siempre, ello engendra la visión universal de que al delito le corresponde pena.

La pena repercute luego sobre la psicología del individuo, con el temor, y hay un elemento secundario, de base ontológica, aprovechable: la tendencia a la felicidad.

Esto adquiere luego en la comunidad un aspecto jurídico y tenemos el castigo, que puede ejercerse en diversos niveles; solamente para evitar el acto

externo de modo que la comunidad no sufra por la maldad del individuo. La eliminación del acto interno por el temor a llegar a lo externo, con positivas consecuencias sobre el individuo mismo. La realización de actos interiores buenos ante la revelación del mal que implica el castigo: La realización de actos buenos, y aun mejores, ante ese mismo castigo revelante, ya sufrido o ya como posible...

En la Misa tenemos el objeto sumo del sacrificio: La vida humana perfecta totalmente abandonada, muerta, como aspecto negativo, y la misma vida recuperada a un nivel totalmente divinizado, como resulta de ese mismo sufrimiento.

Y esto es lo que Cristo quiere comunicarnos en la Misa. Y hemos de cuidar de nuestra conciencia de recibir, de recibir en la Iglesia, de totalidad de planos. De no quedarnos en lo jurídico ni para aceptarlo como totalidad, ni para rechazarlo como aspecto...

Pienso que así se entiende el valor de los "sacrificios" por los demás. Son la única manera posible de dejarme actuar totalmente por la caridad de Dios hacia ellos y consiguientemente de colaborar con El en su salvación. Y en este sentido psicológicamente serán muy frecuentemente más valiosos aquellos que no poseen efecto tangible, pues los demás se ven justificados en el plano natural y muy frecuentemente compensados por aprobaciones humanas.

Una razón de que pocos santos puedan salvar muchos pecadores es que el pecado rarísima vez es acto tan personal como la virtud sobrenatural. Y así diría que la colaboración del pecador con Satanás es siempre mucho menos poderosa en su campo que la colaboración del justo con Dios en el suyo. El poder divino es infinitamente más fuerte que el satánico. El colaborador del Padre Salvador está incomparablemente más abierto a la acción suya que el pecador a la acción de Satanás en él. La consecuencia es que las obras de los santos poseen una eficacia santificante mucho más amplia y más honda que la potencia de escándalo de los pecadores. Aunque aparentemente suceda lo contrario...

IV.- EL ESPÍRITU DEL SACRIFICIO

Escudriñando el Nuevo Testamento encontramos que Cristo nos entrega el cuerpo que se da por nosotros. "Se da", "se entrega" es sinónimo de sacrificio. El mismo verbo empleado en Jn 10,15.18. Jesucristo viene a servir cumpliendo la profecía de Isaías (Mc 10,45; Mt 20,28; Is 53,10).

ASPECTOS:

TOTALIDAD DE LA DONACIÓN: No meramente el cuerpo o la sangre, sino la vida = la persona. La intimidad última. Lo que aparece en el Huerto de los Olivos y en el "Padre me pongo en tus manos".

Y la carne evoca la carne de las víctimas inmoladas... Primariedad del **por** (= "por vosotros") sobre el **a** (= "a vosotros"). La primera entrega es a Dios. Solo por sacrificada la vida de Cristo puede darse a todos... Lo cual se desdobra aún de nuevo: Es primero entrega a Dios; es entrega por todos. Si no fuera entrega a Dios no tendría capacidad vivificante; si no fuera por todos no tendría potencia universalizante en nosotros (Jn 6,51. Y cfr. las palabras de la consagración en Mt 27,40; Mc 15,34). Así es el orden de la Misa. Y así el orden - incangeable- de nuestra propia entrega cristiana.

Esto queda subrayado en las no escasas alusiones a la sangre (v.gr. Rm 3,25; 5,9; Ef 1,7; 2,13; Col 1,20). La sangre es la sensibilización del sacrificio y es consiguientemente la expresión del deseo de Cristo de asumir todo el dolor humano.

POR LA MULTITUD, POR VOSOTROS: Por la multitud de manera que por cada uno. Galot expresa el conocimiento personal de cada hombre por Cristo en la tierra... Por ello cada uno ha de ver como San Pablo: "Por mí".

"Cuando Cristo pronunciaba las palabras de la consagración, veía desfilar ante El la interminable multitud de las generaciones humanas; pero El también distinguía entre la masa a cada individuo y afirmaba que El iba a entregar su sangre por cada uno de ellos. En su visión de la humanidad que iba a salvar, su mirada se detenía sobre cada hombre, porque hasta el menor de entre los hombres lo juzgaba digno de su sacrificio" (Cf. Gal 2,20). La Misa debe tener en nuestra conciencia este sentido de universalidad total; quiero decir de todos = cada uno de todos. Y hemos de cuidar que la adaptación formal a cada grupo no consista en la adaptación de maneras exteriores, vaciando de contenido los ritos. Pues, si los modos empleados no significan universalidad total, no hacemos presente el sacrificio de Cristo. No hemos adaptado la Misa, sino que hemos sustituido la Misa por cualquier serie de gestos y palabras de un grupo.

ENTREGADO POR LA MULTITUD, POR NOSOTROS, POR

MI: Quiere decir capacitado para suscitar vida en todos. La Misa no es la expresión de nuestras actitudes, sino la manifestación eficaz de la actitud de Jesucristo. Nuestras posturas solamente poseen valor de disposición para recibir -o para ayudar a recibir a otras personas- en colaboración con El.

La primera actitud de Cristo es la **OBEDIENCIA**: Es evidente si se entiende la esencia del sacrificio, puesto que solamente Dios puede impulsar a él, ya que es obra suya establecer en plano más alto. El sacrificio es necesariamente la obra que el Padre hace en nosotros, la obra que el Padre nos da (Jn 10,17-18).

"La obediencia da, porque tiene poder de dar". "Nace de una soberanía que se ejercita en someterse a la voluntad del Padre... De igual manera conduce a una soberanía superior: por haber aceptado la muerte tiene poder de resucitar. Es una paradoja, pero en verdad, la obediencia es un testimonio de poder y libertad que da lugar a un poder y una libertad superiores".

Cristo no ha buscado su gloria, sino que se aniquilado en la obediencia; "por eso" Dios lo ha glorificado. La sumisión le ha valido a Cristo su triunfo.

"La obediencia conforma al hombre con la voluntad divina y permite desplegar su acción en lo íntimo de la existencia humana. Por su obediencia llevada hasta el extremo, Cristo abre de la manera más completa su alma a la acción del Padre. El Padre puede transformar completamente la naturaleza de Jesús, enteramente sumisa y la llena de un poder y de una vida divinos. Así la elevación suprema de Cristo es el resultado de su total obediencia".

Tales disposiciones quiere infundirnos, comunicarnos y por tanto debemos recibirlas en la Misa. En humilde obediencia a los planes concretos, que pueden ser muy costosos -como en el caso de Cristo mismo- es como construimos la Iglesia con El (Pensar en la misma manera de celebrar... (qué contradicción!). La misa nos pone en contacto inmediato con la disposición de Jesucristo, para quien la comida es hacer la voluntad del Padre. Que consiste ciertamente en beber el cáliz de la pasión y de la muerte...

Esta obediencia de Cristo es una obediencia de amor filial. Yo añadiría en primer lugar que es constitutiva de Cristo mismo y de su ser filial y luego toma consiguientemente ese color filial al continuar realizándose a lo largo del vivir de Cristo. Esa voluntad divina se recibe como conocida y amada y por eso el hombre experimenta en sí mismo el deseo suscitado por la acción recibida de entregarse a Dios, de ser hecho lo más posible una sola

cosa con El. Y sabe y saborea que para cumplirse ese deseo debe dejarse sin más a la voluntad transformante de Dios... Tal actitud filial de Cristo ("Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu") se nos comunica en la Misa. Podemos mensurar el fruto del sacrificio en nosotros por el crecimiento de esta actitud filial.

Este amor filial se extiende en fraternal. En Cristo y en nosotros. En la Misa hace presentes las disposiciones actuantes en el Calvario, pero además expresa otras nuevas. Y todo es poco, puesto que debe manifestar el amor infinito del Padre, común a ambas Personas (Cf. Rm 5,6-8). En la Misa se manifiesta el amor a los enemigos, hasta la muerte, hasta el perdón que consiste en incorporarse al enemigo actual, hasta hacerle un miembro del Cuerpo total, hasta hacerle una sola cosa consigo (Cf. Lc 23,34: "Padre, perdónalos..."). En la Misa actúa el amor del Padre que se nos manifiesta eficazmente, es decir, ofreciendo la participación en él (cfr Mt 5,45; Rm 8,32).

"La Misa que renueva este gran gesto de amor a los pecadores, tiende a ensanchar el corazón de los cristianos según las dimensiones del corazón del Padre, en una bondad que se dirige especialmente hacia los enemigos y que intenta hacer triunfar la amistad".

Todo esto supone la intervención del Espíritu Santo, alma de la Iglesia, alma de la Misa. Según Hbr 9,14, "por un Espíritu eterno se ofreció a sí mismo inmaculado". Es decir, el Espíritu Santo movió a Cristo a ofrecerse. Notar que Cristo fue -y es- un hombre totalmente espiritual, cuyas disposiciones íntimas -últimas- están siendo de continuo movidas por el Espíritu (aplicación de Rm 8).

Consiguientemente esas íntimas actitudes de obediencia y amor, notadas arriba, provienen del Espíritu recibido como tal. Así en la Misa, lo esencial -la consagración- es obra del Espíritu Santo y lo mismo hemos de afirmar de su consecuencia primera (en importancia), la consagración de los fieles con sus derivaciones: la unidad entre sí. Todo ello feliz y esclarecidamente expresado en las plegarias eucarísticas actuales...

El Espíritu interviene en la Misa como motor y como fruto. Mueve a Cristo y es entregado por El a los hombres. Se acude a Misa movido por el Espíritu Santo y se acude para recibirle a El. Y cuanto más influido esté por el Espíritu quien asiste a Misa, mejor participa y en mayor medida acrecienta la comunicación con El: la comunión... Así el cristiano es introducido en la Misa en el misterio trinitario. "Por tanto el Espíritu Santo es quien diviniza el sacrificio. El es quien lo espiritualiza, comunicando más y más a la

comunidad cristiana que se ofrece con Cristo en la profundidad abismal de su amor".

V.- LA MISA Y LA CRUZ

En las palabras "Esta es mi sangre..." se notan la idea de una acción divina, en cuanto el origen del derramamiento es la voluntad de Dios; la referencia a un futuro próximo. La consagración de la Cena se fundamenta en el venidero suceso del Calvario. Pero los exégetas reconocen la voluntad de Jesús de afirmar la presencia actual del sacrificio. Piensa principalmente en el sacrificio que se consumará en el Calvario, pero lo considera como presente. De ahí la teoría del P. de la Taille. Pero tanto en Teología de la redención como sacramental se ha tendido siempre a ver como completos ambos sacrificios: Cruz y Misa, éste ritual, pero completo en su orden.

La Cena es sacrificio ritual, en que la oblación ritual implica la inmolación íntima del Salvador, anticipación del sacrificio sangriento. Son dos sacrificio distintos: Uno del orden de las realidades históricas; otro, ritual.

La Misa reúne en sí la oblación y la inmolación en un orden ritual, pero apoyado totalmente en el sacrificio de la Cruz. Esta es la perspectiva constante en la Misa, pero atendiendo menos a la tragedia exterior que a las disposiciones interiores de obediencia, amor... La Misa es sacrificio en cuanto es sacramento. Nada añade al Calvario, contra la opinión de los Reformadores, sino que lo renueva en el orden sacramental. (Aquí plantea las palabras "aplicar", "distribuir"... Yo pienso que se plantea algo así como decir: Aplica el sacrificio a nosotros, el fruto a nosotros o, simplemente, nos aplica a nosotros el sacrificio). La profusión de Misas no se debe a indignancia del Calvario, sino a abundancia. Es la expresión sacramental de la Cruz.

Dirección ascendente (los demás sacramentos descendente). (No estoy muy de acuerdo con la expresión). Está en el centro (No piensa que todo venga de la Misa). Todos los sacramentos tienen relación con la Misa, que los ilumina. Ofrece no ya el fruto del misterio, sino el misterio mismo.

Cristo -contra algunos teólogos, pero con la mayoría- ofrece El mismo el sacrificio de la Misa. (Identidad del oferente según Trento). La multiplicidad de oblaciones no es exceso, sino que es la Encarnación llevada al extremo.

NUEVA INMOLACIÓN: No distinta realmente de la oblación, sino que consiste en ésta, que es un acto de la voluntad, sin necesidad de acudir a

buscar manifestaciones de inmolación por fuera (estado de humillación, separación de especies...).

Hace presente realmente el solo sacrificio de la Cruz, pero con una realidad sacramental nueva. El signo sacramental: separación de especies; palabras con las que Cristo nos da su presencia en la ofrenda de sí. La Consagración es una venida para una ofrenda.

El sacrificio incluye la aceptación de Dios; y ésta es la resurrección, la glorificación, también hecha presente, pues Cristo está como resucitado. Así lo significan las mismas palabras: mi carne, mi sangre, principios de vida como alimento (ambas especies a la vez...). Y esto es lo que explica la posibilidad de la múltiple ofrenda.

VI.- EL SACRIFICIO DE LA IGLESIA

La Misa existe para hacer del sacrificio de Cristo el sacrificio de la Iglesia. Este es ya el motivo del sacrificio de la Cruz (Ef. 5,25-27); pero en él nada hizo la Iglesia. En la Misa se asocia al sacrificio, comparte activamente la oblación de Cristo. Proporciona el signo que es de importancia esencial en el sacrificio sacramental. La primera realidad se encuentra en Cristo; pero ésta solo puede darse ahora en el sacrificio de la Iglesia...

Propiedad objetiva: Sacrificio de la Iglesia en cuanto que existe el rito... Propiedad subjetiva: en la medida en que las personas participan interiormente. Y éste es el objetivo de la Misa: Hacer que la gente participe; que el sacrificio de la cruz se repita en la Iglesia y en el corazón de cada cristiano.

La ofrenda del pan significa "una ofrenda de todo lo que el universo material coopera a la existencia humana... Como el universo entero existe para el hombre, nada de este universo queda ajeno al ofertorio". Sea por conocimiento o por uso, todo está hecho para el hombre: Ciencia y técnica deben ser ofrecidos. Ciertas tendencias de la ciencia: espíritu de investigación desinteresada de la verdad, para el bien de la humanidad, deseo de descubrir el plan de la sabiduría creadora... todo debe terminar en alabanza. "Así la Misa permite que la ciencia comprenda y realice su auténtico destino, que sobrepasa con mucho el fin inmediato de los trabajos científicos: Una cooperación al desarrollo espiritual de una humanidad restaurada y unificada en Cristo".

El pan hace referencia al trabajo del hombre. Este trabajo incluye sufrimiento integrado, ya en la declaración del Génesis, dentro de un plan

redentor (Creo que las cosas quedan mucho más claras en las perspectivas de mi teoría del sacrificio).

El sacerdote orienta hacia el cielo el impulso de una actividad que intenta transformar la tierra. "No se presta bastante atención a este papel que desempeña la Misa en el trabajo de todo el mundo. No se ha comprendido con la intensidad debida el papel central que ocupa el ofertorio en la laboriosidad de la colmena humana. El trabajo de la humanidad adquiere su auténtico significado en la hostia que cada mañana se ofrece al Padre celestial".

Unidad del trabajo... Esperanzas de superación de conflictos y comprensión mutua... Tal es la parte de la Misa en el movimiento social de la humanidad (Habría que aplicar los pensamientos que vienen después en cuanto a los aspectos de alabanza, acción de gracias, petición, propiciación...).

En la Misa solo hay una víctima ofrecida: Cristo. La Iglesia simplemente se incorpora a esa ofrenda, como prolongación de Cristo mismo. "La ofrenda de la Iglesia, como la misma Iglesia, no puede constituirse más que en Cristo. La primacía de Cristo es absoluta y nos equivocáramos sobre el significado de la Misa si atendiésemos principalmente a la ofrenda personal del sacerdote o de los fieles. En la Misa la mirada del que se ofrece debe unirse, perderse en Cristo; es una ofrenda en la que se olvida uno de sí mismo para pensar en la ofrenda del Salvador y hacerla propia. El ofertorio no puede expresar la ofrenda de la Iglesia, sino adelantando el sacrificio de Cristo, la consagración es la que fundamenta el ofertorio. Eso asegura la perfección del sacrificio: siempre alcanza su fin porque es el sacrificio de Cristo. Y así asegura la ofrenda de la Iglesia, porque lo mismo que la fundado indefectible, ha asegurado cierta e inquebrantablemente su ofrenda.

El sacerdote es ministro de Cristo y esto en primer lugar. Pero no como simple individuo, sino en virtud de la misión y el poder que le ha concedido la Iglesia. Cuando ofrece el sacrificio en el nombre del Salvador, actúa como representante de la Iglesia, para asociar a la Iglesia a este sacrificio. Ejerce la función de mediador y representa al pueblo cristiano. Su representación del pueblo es fontal, suscita incorporación. El ejercicio del sacerdocio del bautismo y de la confirmación.

La Misa se orienta hacia lo futuro: "Anunciaréis... hasta que vuelva". Tiende a provocar la venida gloriosa triunfante. Contribuye a acelerar la Parusía. Pues tal venida es el resultado de la secreta venida de ahora. La Misa implanta más hondamente la presencia de Cristo. Venir no es solo descender al altar, sino penetrar en el medio humano y actuar en las almas. La Misa hace progresar el reino; es el medio más eficaz de apostolado; antecede y

espiritualiza todas las demás actividades apostólicas.

"La Misa es un gran factor en la historia, el mayor factor, porque desarrolla la cristianización de la humanidad e impulsa así a la historia humana hacia el estadio final en que la comunidad humana, totalmente cristianizada, únicamente esperará la manifestación gloriosa del triunfo de Cristo".

Parezca lo que sea, intervenga quien intervenga, "los sacerdotes, que ofrecen la Misa, son los humildes causantes, eficaces, de la venida de Cristo y los fieles, que se unen a la ofrenda, amplían el campo de esta venida". Aumenta la extensión y la consistencia y hondura de la santidad del Cuerpo Místico, de su caridad y unidad.

VII.- OFRENDA EUCARÍSTICA, PROPICIATORIA, IMPETRATORIA

Se trata de ver los fines de la Misa. Por tanto las disposiciones espirituales que provoca.

Eucaristía: Sentido de la acción de gracias en la cena pascual: Integración de toda la historia de Israel. Cristo tenía sentimientos de alabanza agradecida. La Misa lentamente preparada. Hoy mismo hay mucha gente en la economía del A.T. La Misa tiene ahí su punto de partida y abarca todo. Cristo representando a la humanidad entera, en mayoría inconsciente de esta representación, hace válidos los oscuros sentimientos buenos.

La acción de gracias de Cristo testimonia la primariedad del amor de Dios, que previene. Así la Misa, antes de ser sacrificio hacia Dios, es don de Dios al hombre. Es el Padre quien nos da a Cristo en cada Misa, en cada comunión. Al dar gracias, Cristo atrae nuestra atención hacia este amor del padre. Además tenemos la gracia del sacerdocio...

"Cuando uno quiere prepararse para la Misa, fácilmente puede sentirse inclinado a ocuparse en primer lugar de la ofrenda". Es decir, a examinar sus propias disposiciones, sus proyectos... "Lo primero que Cristo desea es que demos gracias con El y que miremos en la Misa el don de lo alto. Antes de pensar en lo que deseamos ofrecer, hay que saber apreciar, mediante una actitud de contemplación y recogimiento, lo que Dios nos da.

En esto reside una liberación de nosotros mismos, que nos prepara para una entrega más completa. Para ofrecer es necesario haberse olvidado de sí mismo y contemplar, admirar, alabar el don divino. Nada abre tanto el corazón como esta mirada contemplativa. Nada lo dispone mejor para la

generosidad. Como el corazón huano no puede amar más que por virtud del amor divino, debe siempre recibirlo antes de darlo, contemplar antes de ponerse en disposición de actuar.

Además la conciencia de que no se tiene nada que ofrecer más que lo que se recibe, refuerza el desinterés de la ofrenda, aumenta su valor. Peligro de buscarse en el don ponderando lo que se da.

En el Discurso de la Cena abunda la expresión de la vuelta al Padre y eso nos indica el sentido de la Eucaristía (Cf.. Jn 16,5; 17,12-24). Va al Padre para hacer entrar en esta intimidad a toda la humanidad. El homenaje de gratitud no es una palabra que expresa **un sentimiento**, sino una entrega total de Cristo Hijo. Así la acción de gracias coincide con el sacrificio en sí.

En la consagración se nombran los pecados como que han de ser remitidos. La humanidad sometida al pecado; el hombre se siente esclavo -está clarísimo-, pero ignora de qué. En la Misa tomamos conciencia de esta esclavitud y debe hacerse tomando sobre sí los pecados ajenos. Y ofrecen para remitirlos todos... Las palabras de la consagración son eficaces. (Notar que creemos en un aspecto de la eficacia: presencia de Cristo, pero no creemos en otro y por tanto no creemos la totalidad del primero -liberación del pecado-).

La Misa es fuente de confianza y optimismo. Debemos de ir de un espectáculo a otro; ambos se potencian mutuamente: Mal del mundo - Sacrificio de Cristo.

Propiciación: Pensar en que por eso me ama el Padre, porque doy mi vida... Aplicar a cada Misa. Cada una produce una nueva efusión del amor del Padre sobre el hombre.

Reparación: El hombre, por la gracia, puede vencer el mal con el bien en su propio corazón y comportamiento; agradar a Dios más de lo que le había desagradado. Puede contribuir activamente a reparar lo que había destruido. Y debe reparar en primer lugar por sí -lo otro sería hipocresía y expondría a la soberbia-, pero después por todos. Pensamiento que ensancha...

Es renovación de la Alianza: Unión de amor (realización del matrimonio espiritual) y efusión de vida... Es claro.

Valor impetratorio: Oración de Cristo. "Cuanto pidieréis al Padre en mi nombre..." Naturalmente las gracias concretas alcanzadas serán meramente aspectos de esa alianza... Pero de hecho precisamos de gracias concretas, de aspectos concretos...

Al ofrecerse por los difuntos, la Misa tiende a incorporarlos más y más a la vida del Redentor y a su ofrenda redentora. La disminución de penas

es un aspecto de esta integración (notas mías).

Se ofrece en primer lugar por todos los vivientes. "En primer lugar es la Iglesia, en su universalidad, quien recoge los frutos de la ofrenda eucarística. Y en la Iglesia visible toda la humanidad llamada a entrar en la Iglesia y a unirse a ella, por lo menos con un movimiento de buena voluntad..." Es notable que siendo sacramental, celebrada en un tiempo y espacio determinados, la Misa "tenga siempre primordialmente una intención universal. Está destinada a obtener gracias... para toda la Iglesia, para toda la humanidad". Sigue la enumeración normal de gracias particulares, según el grado de proximidad... (Nota mía: Estos aspectos son de importancia máxima y de efectos incalculables actualmente, en que la sensualidad de los cristianos está reduciendo la Misa a un juego de unos cuantos presentes...).

Notar la influencia de la caridad del sacerdote y de los fieles en el fruto de la Misa. Pero todo esto debo estudiarlo más, completarlo y sacar consecuencias...

Piensa, sobre todo por la práctica de la Iglesia, que el valor de la Misa es limitado. Pero limitado no es calculable. Ni sumable. La Misa no obra a manera de cantidad, sino de penetración, de difusión, difusión vital. Una Misa no es la simple repetición de otra. "Se celebra en un momento o en un lugar diferente, en un contexto humano distinto y en un nuevo estadio de desarrollo del Cuerpo Místico. Cada Misa tiene su individualidad, su papel determinado y su valor impetratorio; es el resultado de un nuevo impulso de amor. Sería hacer una injuria al amor de Cristo convertir el valor de la Misa en un objeto de cálculo".

La Misa puede obtener gracias de muchas clases, incluso favores de orden natural, lo cual atestigüa el dominio de Cristo sobre todas las cosas. Pero el único objeto de todo es el "venga a nosotros tu reino". Y en esa perspectiva ha de pedirse todo.

VIII.- EL BANQUETE SAGRADO DESDE EL a. AL N. TESTAMENTO

El banquete sagrado usual entre los judíos -en el lugar que Dios designaba- relacionado con la contemplación (De 12,5-7; Ex 24,11). Favor excepcional, vocación privilegiada el ver a Dios, pues de suyo acarrea la muerte... El banquete es la consagración definitiva de una intimidad, que comienza con la contemplación. El banquete tiene como objetivo "introducir a los hombres ante la presencia divina, tomar parte en las relaciones de

familiaridad ofrecidas a la humanidad por el mismo Dios. Se trata de comer y beber en la casa de Dios". Nos manifiesta el beneficio que supone para el hombre: alegría muy grande (Deut 14,26). Y es un rito que consuma la Alianza. El relato de la subida de Moisés y los ancianos para contemplar a Dios y comer y beber, parece ser una versión distinta del pacto de Alianza; la otra es el sacrificio de toros. En la Cena tenemos alusiones a ambas tradiciones. La alianza que sella el banquete es con Dios, pero sin duda establece la unión entre los hombres. Se consagra la comunidad que forma el pueblo. De hecho se congrega la familia entera... Dios se une a la comunidad.

Cristo no deshecha ninguno de los elementos. Reciben su plenitud de significado del hecho de estar unidos al sacrificio. Pero no basta con que la sangre se derrame: debe sumirse en un banquete... Confluencia de ambas tradiciones. Cristo ofrece su cuerpo y sangre para comida y bebida. De ahí parece un tanto extraño que se haya podido establecer la costumbre de no comulgar en las misas... La comunión completa la participación en el sacrificio y nos capacita para aplicar en la vida cotidiana lo que se ha vivido en el momento de la Misa. Y sobre todo como carne gloriosa que nos trae los frutos del sacrificio... la participación en la felicidad del triunfo.

Cristo celebra la Cena en el monte (Jerusalén), pero no en el santuario, puesto que El mismo es el Templo... Comen y beben contemplando: "Quien me ve a Mí..." (Jn 14,8). En la Cena la intimidad alcanza el máximo de permanencia por la Eucaristía. "Aunque hayamos insistido en el valor sacrificial del banquete eucarístico, no hay que subrayar menos su valor contemplativo. Si la comunión nos sitúa en el camino del sacrificio, sin embargo es en primer lugar una unión con el mismo Cristo, invasión de su presencia en nosotros. Dios se ofrece en la comunión a nuestra contemplación, una contemplación que debe llegar al fondo de nuestra alma; y nos insta a la intimidad de vida con El, en El".

Pero todo esto es de orden interior. Todo está pensado para que esta comida aparte a los discípulos de las cosas visibles y les haga volver los ojos hacia las realidades interiores. Y en cuanto a comunidad, "la Eucaristía contribuye a formar una comunidad superior a todos los vínculos de familia o raza, la comunidad más interior, en virtud de la cual la unión íntima con Cristo, tomado como alimento, lleva consigo la unión íntima entre los convidados...". "El mayor instrumento de unión progresiva de la humanidad".

Sentido pascual: Innegable, aunque algunos lo nieguen... Con su evocación de lo pretérito y su anuncio del porvenir. Igual la Eucaristía. (Lo de San Pablo: "Anunciaréis...").

Sentido escatológico, pues es anticipo del banquete de los últimos tiempos. El banquete simbolizaba la alegría de la salvación. Gratuidad, pues se ofrece a los sin dinero (Is 55,1-3). Deleite, saciedad. Cristo sigue la corriente; pero lo universaliza totalmente (Mt 22,2-14).

Sentido nupcial: Casi nuevo en el banquete escatológico; tema de la alianza en plenitud. Recordar Mc 11,20. El banquete es instituido al marcharse el esposo; coincide con un ayuno.

Doble sentido de ayuno:

- Sacrificio: Ausencia relativa del esposo.

- Presencia pregonada: Por su glorificación, aunque no en plenitud humana.

Todo esto es digno de mucha meditación.

Gozo y tristeza consecuentes.

Banquete espiritual.

(Reflexiones a propósito del libro "*Eucaristía y vida*" de J. Galot).

ALGUNOS ASPECTOS DE LA PRESENCIA DE JESUCRISTO

El tiempo litúrgico de la Pascua nos ofrece la gracia para entender la vida de Jesucristo resucitado, vencedor del pecado y de la muerte; fuera de las limitaciones del tiempo y del espacio.

Jesucristo resucitado por mí y para mí, para cada uno de todos los hombres.

Presente realmente en mi vida. Y ello de varias maneras. Veamos algunas:

1.- **La presencia eucarística real, sacramental:** Presencia total, corporal incluso. Como invitación continua a una relación personal, cuya cima es el momento de la comunión materialmente realizada, en que como el Cuerpo de Cristo, para hacerme un sólo espíritu con El, por la acción recibida conscientemente del Espíritu Santo, que me comunica sus gracias.

Pero **comunión es comunicación** y la presencia eucarística no está limitada al momento de la comunión, sino que se extiende al día entero. Instante tras instante se está celebrando la Eucaristía en alguna parte. Y yo debo ser consciente de que en cada una de esas celebraciones Jesús se ofrece al Padre como es, Hijo suyo, espirador y comunicador del Espíritu Santo, Cabeza del Cuerpo místico. Se ofrece con cada uno de nosotros y por cada uno de nosotros; y recibimos el fruto de esa ofrenda, de esa inmolación que hace presente en la tierra de manera asequible para mí, la única acción del sacrificio de Cristo en un momento histórico, según la medida de nuestra fe, nuestro deseo, nuestra confianza, nuestro amor...

Jesús se hace presente en este sacrificio sacramental para ser comido, para asimilarse a El. Y cuando inculpablemente no puedo acceder a esa comida material, no dejo de recibir por eso la comunicación de su Espíritu, en el grado de mis disposiciones. Y lo mismo hay que decir de lo que solemos llamar visita y de la conciencia general de esta presencia eucarística en nuestra ciudad, en nuestra casa religiosa, en nuestro seminario...

Lo que debo preguntarme y preguntarle a El es si estoy en disposiciones concordes con esa realidad: Me estoy ofreciendo con El y con todos, por todos y cada un de los hombres:)Es consecuente mi actitud de este momento respecto de El y de cada persona humana?

2.- La presencia general de Cristo como Señor, como gobernante

del Universo: Cualquier acontecimiento, sea cualquiera su importancia aparente, que llega a mi conocimiento, está regido por El. Lo que supone de bondad está producido por El; lo que incluye de maldad está permitido por El. Y todo lleva conexo la gracia interior para mí, para que pueda acogerlo de tal forma que me santifique, que me acreciente la personalidad total, eterna que El tiene planeada para mí. No detenerme en las causas segundas, materiales, humanas. No fijarme (quedarme detenido) en las intenciones humanas. Sino mirar a Cristo que actúa, moviendo o permitiendo para mi bien, influyendo interiormente en mí para que pueda alimentarme de su voluntad, como El se alimentaba cumpliendo la voluntad de su Padre, que consistió en permitir tantos pecados gravísimos que constituyeron la crucifixión de Jesús y resucitarle después del sufrimiento aniquilador, literalmente aniquilador pues su humanidad quedó deshecha por la muerte.

3.- La presencia continua de Jesús junto a mí: No corporalmente, pero sí personalmente, con su humanidad y su divinidad. Me está conociendo totalmente, con todas mis circunstancias. Me está comprendiendo, conoce mi pasado y mi futuro. El sentido de cada suceso minúsculo o grande. Mis intenciones conscientes o inconscientes. Mis capacidades y sus dimensiones reales; mis limitaciones tal como son.

Me está amando minuto a minuto. Jamás saldré del círculo de su amor mientras viva en la tierra. Deseo continuo de unirme consigo, haciendome perfecto y feliz eternamente. Y esto desde antes de mi concepción y para siempre, si yo no me salgo del campo de su acción por mi obstinación en condenarme. Y con la intensidad que indica su muerte atroz.

Me está amando eficazmente: Influyendo en mi interior -lo que nadie puede hacer sino El-. Ofreciendo iluminaciones al entendimiento y confortaciones a la voluntad y las tendencias afectivas sensibles.

Caer en la cuenta de lo absurdo de pensar que necesito de nadie, ni en cuanto a comprensión, ni en cuanto a amor o acogida. El está conmigo en todo momento y si quiere que reciba cualquier clase de ayuda de cualquier persona, El la moverá a que me la preste. "Los ojos fijos en vuestro Esposo... los menos amigos os darán de comer".

Y es perfectamente posible que lo más conveniente para mí sea la falta de ayuda; sea compartir con El el sufrimiento y la cruz. "Y cuando no, si muriereis de hambre, bienaventuradas las monjas de San José".

Debo pedirlo muchas veces, siempre antes de cada acto de cierta importancia, que me diga lo que quiere que hagamos. Pues toda acción

cristiana es una colaboración con El que nos impulsa a obrar. Y cuanto más consciente sea, más personal y por tanto más valiosa. Preguntarle lo que piensa de mis intenciones, mis deseos, mis pensamientos... Conocer el sentido real de mis quehaceres bajo la iluminación de su palabra. Y conocer paulatinamente cuáles son los obstáculos que yo suelo oponer a sus iluminaciones (apegos, ignorancias, deseos de éxito, acogida, agradecimiento, cariño, independencia, deseo de cumplimiento de mis planes en vez de los suyos).

4.- Jesucristo presente en cada una de las personas que trato o de quienes sé algo: Porque puede inspirarles algo para mí. Y debo estar dispuesto a recibir su palabra de boca de quien sea. El hombre más degenerado, el ateo más culpable, no es totalmente perverso. Aun sin saberlo se deja a veces mover por Cristo. Debo ir creciendo en la capacidad de discernimiento.

Porque lo gobierna todo: la acción humana más perversa está regida por el Señor que la permite. Y que mediante ella me quiere hacer crecer con la acción interior de su gracia.

Porque El toma como hecho a sí mismo lo hecho a otro: Todos estamos destinados a ser miembros de su Cuerpo místico, a estar íntimamente unidos a El eternamente. Y esta estimación basta para que El tome como suyo todo lo de cada hombre.

Pensar cómo me comporto con la gente. Si veo ante todo esta realidad o veo primero sus cualidades pasajeras, naturales.

Si hago todo lo que puedo por ayudarles: En primer lugar pidiendo, mereciendo, expiando; luego buscando ayudar espiritualmente, después naturalmente. Si en lo indiferente hago prevalecer el gusto ajeno sobre el mío. Si me siento esclavo de todos, sin derecho alguno de exigencias personales. Ya que Cristo me mueve a eso y cada uno es esclavo de Cristo, no mío. Pero esclavo porque es amado por El, que es el Señor...

Releer despacios los textos sobre el amor al prójimo en el N.T.: Mt.22,37-39; Lc.10,27; I Cor.16,14; Lc.6,27-35; Gal.5,13; I Jn.4,7-19.

Lecturas: "Nuestra identificación con Cristo" de Jaegher. "La unión del sacerdote con Cristo sacerdote y víctima" de Garrigou- Lagrange. "Nuestra experiencia de Cristo" de Truhlar...

(Notas personales para la reflexión).

ADORACIÓN

Voy a seguir, substancialmente, mis propias meditaciones. Por lo tanto, llevo una hora y media considerando el SER de mi Padre... Su VERDAD-BONDAD-BELLEZA-INFINITUD... Realmente es consideración gustosa, pero hasta el momento, sin iluminaciones ni movimientos afectivos particulares.

Dureza de nuestros *corazones+. Dada la frecuencia e intensidad de las expresiones de **adoración** en la Biblia, ¿cómo podemos estar tan secos, tan sin impregnar de estas actitudes?

Al menos implorar intensamente: admiración - sensación de grandeza, sensación de vanidad de cualquier realidad secundaria, en cuanto no relativa a Dios mismo...

*Yo soy el que soy, tú eres la que no eres+...

(Qué facilidad de vida -aunque pueda incluir buena porción de sufrimiento- me dará (porque espero recibirla) esta conciencia inmediata, intensísima, de la grandeza única del Padre!

Voy a seguir meditando esto hoy y mañana; pero sin duda, lo capital es la tendencia a recibir su palabra en la Escritura, que se me ofrece continuamente, como expresión de esta REALIDAD. El gozo de rezar la liturgia de las horas, y de celebrar la Misa y absolver. Percatarme del sentido de adoración de tales actos. Es sobre todo ejercitándola, como creceré en mi capacidad de inteligencia respecto de la GLORIA paterna.

Escribo ahora, unas dos horas antes de la Misa, las 5,20 de la tarde. Jamás he iniciado unos días de retiro mejor dispuesto. Paz, a partir de la consulta con [...], adelanto verdadero en el conocimiento propio, amplitud de panorama... Y avidez de ser santificado: esa disposición que predico reiteradamente: hambre y sed del Espíritu Santo... Y pienso que ha crecido, muy notablemente, la misericordia.

Ingreso, superlativamente confirmado, en la conciencia de principalidad litúrgica. Si la oración litúrgica va siendo más y más oración personal mía, mi personalidad crece infaliblemente.

Atendiendo al *tema+ de las meditaciones de hoy y de mañana: si la palabra de Dios da vida, si es vida, y la vida es conocimiento de Cristo y del Padre, sin duda alguna la aceptación de la palabra en la liturgia, me infunde el conocimiento de Dios... Y ello, tanto revelándome la realidad, incluso con ciertas particularizaciones conceptuales y sentimentales, emocionales.

El 4, aniversario de la ordenación; el 5, aniversario de la primera Misa. 33 años...)Es mucho esperar especiales, especialísimas *magnalia Dei+ en estas circunstancias, en que de antemano, me previene con la posibilidad, y el hecho, de 7 días completos de retiro espiritual = 7 días de Pentecostés, bajo, dentro de la acción inmediata y explícita del Espíritu Santo?

Siendo mi PADRE "ens a se", no se agota, ni siquiera se merma, dando. Más todavía: realmente es dando, en cuanto se da, en cuanto engendra y espira. Así, yo hijo, crezco dando, en cuanto hijo, creciendo en semejanza con el Padre. Sólo recibo de El, en cuanto recibo como dador. Por ello, "el dad y se os dará - vale más dar que recibir..." Lo que regula, o mejor, expresa, la *norma+ de mis relaciones con los hombres. Pues cuando recibo de otro hombre, o de un ángel, recibo del Padre. Y si personalmente -consciente, voluntaria, libremente- recibo así, no puedo decir que ello sea peor: tal don aceptado es inmediatamente don comunicado, colaboración en la tarea paternal.

Claro que se desgasta, se merma lo pasajero en el hijo, pero crece el hijo. Similitud lejana: al niño se le gasta la niñez... Mas aquí ni puede afirmarse tal gasto, pues lo eliminado pasa a otra manera superior. A la larga se restaura, incluso corporalmente, en la resurrección.

Advertir: lo más connatural con mi realidad de criatura es recibir del Creador. Lo más connatural con mi realidad de hijo de Dios, es recibir del Padre. Lo más connatural para mí, a lo que tiendo con más energía, a lo que realmente tiendo, es a conocer a Dios mismo, al Padre...

Día 2. MIÉRCOLES DE LA OCTAVA DE PASCUA

Escribo a las 8,45. He madrugado y tengo ya rezados maitines y laudes, y buenos ratos de lectura y oración. La mañana, hasta las 12, la dedicaré a considerar la grandeza divina; la tarde, al misterio del Padre... No pretendo alcanzar tales o cuales noticias, o sentimientos, aunque sí espero iluminación para ordenar mejor mi actividad futura, respecto de esta contemplación. Iluminación aliciente, que enderece un tantico más la voluntad y, acaso incluso, la sensibilidad.

He de insistir más, en mis meditaciones, lecturas y predicaciones, en este aspecto contemplativo, con sus matices activos y pasivos. v. gr.: la consideración el Padre y del Espíritu en la operación de Jesucristo. Más importancia todavía, pues ya se la reconozco, a la interacción pensamiento, volición, sentimiento, emoción, operación corporal. Más importancia también

a la abnegación. Y a la mortificación.

Percatarme más de que la actividad de Cristo en mí impulsa a la muerte al mundo y a la carne: por lo mismo, todo acto cristiano incluye la negación, la capacidad de decir que no, la libertad de, que es componente necesario de la libertad para. Por eso, la certeza de que el santo es sobremanera mortificado. Y aquí es propia la palabra sobremanera, puesto que supera todos los modos naturales, que expresamos en nuestro lenguaje humano.

Función de la experiencia en el crecimiento: aun cuando experimento v.gr. la inmutabilidad divina por la nostalgia, por la sensación de ausencia que me presta la experiencia de mi inestabilidad, eso mismo puede resultar muy eficaz. Las actitudes de los pobres, actualmente, en contraposición a otras pretéritas, es su conocimiento de posibles gozos, inasequibles por el momento, pero conocidos en el disfrute ajeno...

(Cuando el pobre desea algo, si es realmente humano, debemos deseárselo también nosotros para él; si lo estimamos como no humano, debemos prescindir nosotros de ello...).

Esta contemplación me infunde las normas -generalmente conceptualizadas a cierto nivel- de mis estimaciones. Así la concepción y la vivencia plena de la Hermosura... La totalidad, la simplicidad...

Repugnancia por la autosuficiencia. La irreverencia, el olvido de Dios... La curiosidad natural en sus dos aspectos (deseo de conocer - deseo de parecer: aseo, limpieza, adorno... solicitud por el pormenor...)

Sequedad. (Que me arda el corazón! (Que consuma todo deseo carnal!.

Por cierto -leña para la esperanza- que he ido dejando muchedumbre de cosas a lo largo de mi vida. Y sobre todo los últimos años.)Mucho esperar la aceleración, la uniforme aceleración, para los años postreros de la etapa en la tierra?. Desde luego, estas meditaciones de ejercicios han de comunicarme motivaciones intensísimas, sumamente eficaces, para el menester de *agere contra+... esencial.

Voy terminando este primer rato de oración, en que ha habido de todo... Confío en Dios, que haya frutado, dejando semilla de adoración en mí.

Actitud adoradora de Cristo hombre: remisión total en manos del Padre, acto tras acto... Actitud ininterrumpida de víctima...

Escribo a las 5,50 de la tarde. La tarea va bien, aunque sin especiales fervores. Emocionales, quiero decir. Tengo dos horas por delante, para meditar un poco la realidad filial, la grandeza Paternal, personal, del Padre

divino. Parece que va produciendo más efecto la consideración de sus perfecciones. Conciencia de que toda oración, y particularmente la oración litúrgica, es de suyo **adoración**. Consiguientemente, he de procurar actualizar la actitud de **adorador**. Mañana, contemplando la realidad de nuestro ser pecador, acaso pueda entrar más y mejor en el misterio. En todo caso, ya veo la gravedad de mi deficiencia universal, a lo largo de toda mi vida, con atención especial a los 33 años de sacerdocio ministerial, que se cumplen pasado mañana.

Los salmos -graduales- de nona. En los tres se recalca el bien humano como donación divina - paternal. Inútil trabajar, sino en cuanto el *trabajo+ es colaboración amistosa con Dios, pues El da a sus amigos, que no precisan de afanarse. Todo *afán+, toda preocupación, es anticristiana: consonancia perfecta con las advertencias de Cristo sobre las aves y los lirios. (Lc. 12, 4-12; 22-34 y par.).

Aplicación a mis situaciones espirituales: esperanza filial, con toda la intensidad que debe darle mi realidad ministerial, fontal, respecto de tantos hijos...

No es casualidad que, precisamente este año, coincidiendo con el aniversario de la ordenación, disponga de 7 días enteros de ejercicios.

Dios Padre. La grandeza de una Persona, constituida precisamente por la paternidad. Si es persona distinta del Hijo, del Espíritu Santo, es precisamente (aquí la palabra es exacta) porque es el PADRE. Mas su personalidad incluye, necesariamente, la naturaleza divina: de ahí que es la persona eterna, inmutable, inmensa...etc. Y notar que tal manera de ser me la comunica dándome una vida eterna, estable, etc. Participada (recibida en menor grado) pero real. Por lo mismo, he de tratar de vivir mi vida humana desde estas dimensiones filiales. Yo soy hijo de Dios. Tal es lo constitutivo de mi personalidad real: la posibilidad de ser hijo de Dios. Y en proporción a esta forma de vida (que es el Espíritu Santo) puedo realizarme, llevar a cabo la tarea de ser yo. Y en la medida que no me dejo crear filialmente, va construyéndose una personalidad tarada, consistente en el núcleo personal rodeado de escombros, que obstaculizan toda realización.

Por ejemplo: mi modo de ser sucesivo, recibido filialmente, desde la participación de la eternidad, va construyendo un modo eviterno, en que perdura la perfección *absoluta+ de lo pasado (la gracia de la niñez, el ardor de la juventud, la experiencia de la edad madura...) una vez desaparecida la manera accidental, incompatible con otras perfecciones, de cada situación. Pues no pasa el tiempo, ni las situaciones, sino que paso yo por todo ello.

(Similitud del viaje).

Desde mi condición filial puedo rescatar el tiempo perdido... Y aquí viene la necesidad de meditar sobre la penitencia, con todos sus aspectos.

El amor del Padre a mí: creo un tantico en tal amor, si no mi historia sería inexplicable; pero creo muy poco todavía. Psicológicamente lo que me constituye persona es tal creencia. Y en el sentido que usa la palabra Ortega. Y debo serlo como adulto, pues tengo la ineludible función ministerial. Y debo serlo como adulto muy maduro, ya que la respuesta a la gracia -aun en las peores épocas- ha sido tal, que me ha ido impulsando a funciones de *muy fervoroso+, de casi santo... Y en esta época postrera de mi actividad -dure lo que dure- no hay medio posible: o vivo santamente (con esa santidad eximia que declaraba Pío XII, y muy avanzada), o me lleno de magulladuras por todas partes, en choque ininterrumpido con empresas desproporcionadas...

No puedo quejarme diciendo que no gozo mi ser filial. Notable buen humor, nadie puede negarme. Y no brota de mi naturaleza caída... No es chica tarea concertar mis tendencias dispares y disparadas, de modo que no exploten poco menos que de continuo... Pero (todavía es gozo minúsculo, respecto de cuanto debería ser!).

También, pienso, voy creciendo en el amor a los hijos de Dios, y en mi actitud paternal...

(Diario. Año 1986).

INDICE

Prólogo	1
Preparación de la Liturgia de la Misa	4
Ordinario de la Misa	6
Vivencia sacerdotal de la Eucaristía.....	25
Efectos de la Comunión	43
Acerca de la Comunión	46
El amor de Cristo en la Eucaristía	53
Eucaristía y Corpus	55
Sobre la Eucaristía	61
Algunos aspectos de la presencia de Jesucristo	82
Adoración	86

FUNDACIÓN "JOSÉ RIVERA"

Cuadernos publicados:

- N. 1: "José Rivera. IN MEMORIAM".
- N. 2: "José Rivera. TESTIMONIOS I" (Agotado).
- N. 3: "La Teología". 20 Ed.
- N. 4: "El Espíritu Santo". 30 Ed.
- N. 5: "La Eucaristía" 20 Ed.
- N. 6: "La Caridad" (Agotado).
- N. 7: "Meditaciones sobre Ezequiel".
- N. 8: "El Adviento" (Agotado. Ver N. 18).
- N. 9: "Meditaciones sobre Jeremías".
- N. 10: "La Cuaresma". 20 Ed.
- N. 11: "Meditaciones sobre los Hechos de los Apóstoles".
- N. 12: "CARTAS I".
- N. 13: "Semana Santa".
- N. 14: "Meditaciones sobre el Evangelio de San Marcos".
- N. 15: "La vida seglar".
- N. 16: "La mediocridad".
- N. 17: "CARTAS II".
- N. 18: "Adviento - Navidad" (Agotado).
- N. 19: "Jesucristo" (Agotado).
- N. 20: "POEMAS".

Pedidos a: **FUNDACIÓN "JOSÉ RIVERA"**

Apdo. 307 45080-TOLEDO

La **FUNDACIÓN "JOSÉ RIVERA"** distribuye gratuitamente estos Cuadernos. Para los donativos, ingresar en:

TOLEDO, Banco Central Hispano,

C/C 0049-2604-41-1811068090

Toledo, 15 de Febrero de 2000